

LOS MISTERIOS
DE LA POLÍTICA DE ESTADOS
UNIDOS HACIA CUBA

BARACK OBAMA

Y EL RESTABLECIMIENTO
DE RELACIONES DIPLOMÁTICAS

Jesús Arboleya Cervera

**Los misterios de la política de
Estados Unidos hacia Cuba**

BARACK OBAMA

**y el restablecimiento
de relaciones diplomáticas**

JESÚS ARBOLEYA CERVERA (La Habana, 1943). Doctor en Ciencias Históricas. Profesor Titular de la Universidad de La Habana y del Instituto Nacional de Relaciones Internacionales de Cuba. Durante 30 años trabajó en el Servicio Exterior de Cuba. Ha publicado varios libros y numerosos ensayos sobre la Revolución Cubana y las relaciones bilaterales entre Cuba y Estados Unidos, entre ellos: *La revolución del otro mundo. Cuba y Estados Unidos en el horizonte del siglo XXI*, *La revolución del futuro*, *Cuba y los cubanoamericanos* —Premio Casa de las Américas en 2013— y *La influencia de la cultura norteamericana en Cuba*.

**Los misterios de la política de
Estados Unidos hacia Cuba
BARACK OBAMA
y el restablecimiento
de relaciones diplomáticas**

Jesús Arboleya Cervera



una editorial latinoamericana

Derechos © 2019 Jesús Arboleya Cervera
Derechos © 2019 Ocean Press y Ocean Sur

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, conservada en un sistema reproductor o transmitirse en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin previa autorización del editor.

ISBN: 978-1-925756-62-3

Primera edición 2019

PUBLICADO POR OCEAN SUR
OCEAN SUR ES UN PROYECTO DE OCEAN PRESS

E-mail: info@oceansur.com

DISTRIBUIDORES DE OCEAN SUR

Argentina: Distal Libros • Tel: (54-11) 5235-1555 • E-mail: info@distalnet.com

Australia: Ocean Press • E-mail: info@oceanbooks.com.au

Bolivia: Fundación Programa de Investigación y Estudios Estratégicos Latinoamericanos
• Tel.: 591-2-2782238 • E-mail: fundacionpinves@gmail.com

Canadá: Publishers Group Canada • Tel: 1-800-663-5714 • E-mail: customerservice@raincoast.com

Chile: Ocean Sur Chile • Tel.: (56-09) 98881013 • E-mail: contacto@oceansur.cl
• <http://www.oceansur.cl>

Colombia: Ediciones Izquierda Viva • Tel/Fax: 2855586 • E-mail: edicionesizquierdavidacol@gmail.com

Cuba: Prensa Latina • E-mail: plcomercial@cl.prensa-latina.cu
Ocean Sur • E-mail: info@oceansur.com

Ecuador: Ediciones Populus • Tel: +593 992871665 / +5932 2907039
• E-mail: info@edicionespopulus.com • www.edicionespopulus.com

EE.UU.: CBSD • Tel: 1-800-283-3572 • www.cbsd.com

El Salvador, Guatemala y Honduras: Distribuidora El Independiente S.A de C.V
• Tel: 7900 1503 • E-mail: walterraudaes@hotmail.com

España: Traficantes de Sueños • E-mail: distribuidora@traficantes.net

Gran Bretaña y Europa: Turnaround Publisher Services • E-mail: orders@turnaround-uk.com

México: Ocean Sur • Tel: 52 (55) 5421 4165 • E-mail: mexico@oceansur.com

República Dominicana: Editorial Caribbean • E-mail: ecomercial@editcaribbean.com

Venezuela: Ocean Sur Venezuela • E-mail: venezuela@oceansur.com

ocean
sur



www.oceansur.com
www.facebook.com/OceanSur
info@oceansur.com

Índice

Introducción	1
El triunfo de Obama y el futuro de las relaciones con Cuba	3
¿Qué pasa con Cuba?	7
La CELAC y la política de Estados Unidos hacia Cuba	10
¿Una nueva política de Estados Unidos hacia Cuba?	15
Variables que pueden influir en un cambio de política de Estados Unidos hacia Cuba	19
El resultado de las elecciones y la política de Estados Unidos hacia Cuba	23
La recta final de Obama	27
Tres preguntas básicas sobre el restablecimiento de relaciones entre Cuba y Estados Unidos	30
Raúl Castro: «Aprender el arte de la convivencia civilizada»	34
El camino de las relaciones entre Cuba y Estados Unidos	39

Los misterios de la política de Obama hacia Venezuela?	44
¿Importan los cubanoamericanos?	47
La Cumbre de las dos Américas	51
La sociedad civil cubana	56
Cuba y Estados Unidos: los «temas delicados» que faltan por resolver	62
Cuba: una batalla singular en Washington	65
La reapertura de las embajadas después de medio siglo	70
Cuba y Estados Unidos bajo la sombra de sus banderas	73
La madeja del bloqueo a Cuba	76
El significado de la visita de Barack Obama a Cuba	80
Un balance de la visita de Obama	85
El interés de Estados Unidos por el mercado cubano	89
El estado del proceso de negociaciones entre Cuba y Estados Unidos	95
¿Qué puede ganar Cuba en sus relaciones con Estados Unidos?	101
La consolidación de los cambios en la comunidad cubanoamericana	107

La directiva presidencial de Obama sobre Cuba	112
Obama, el voto de Estados Unidos en la ONU y el bloqueo a Cuba	117
La despedida de Obama de Cuba	122

Introducción

Una vez más, debo agradecer a la editorial Ocean Sur su disposición a publicar mis trabajos. Esta vez se presenta a los lectores una selección de artículos publicados en *Progreso Semanal*,¹ respecto al proceso de restablecimiento de relaciones diplomáticas entre Cuba y Estados Unidos, durante el gobierno de Barack Obama.

Desde siempre, Cuba ha ocupado un lugar singular en la política de Estados Unidos. Intereses económicos o pretensiones geopolíticas han explicado este interés en diversos momentos. Pero Cuba ha sido más que el punto de partida del modelo neocolonial norteamericano, también ha devenido el valladar más consistente a la hegemonía de Estados Unidos en el Tercer Mundo. Esta historia común, donde se mezcla lo bueno y lo malo, explica los «misterios» de la política estadounidense hacia Cuba.

El presente libro tiene el propósito de seguir el itinerario de uno de los «misterios» que más repercusión ha tenido en los

¹ *Progreso Semanal* es una publicación estadounidense que se edita en formato digital, especializada en temas de Cuba, Estados Unidos y las relaciones entre los dos países. Fundada en 2001 por el activista político Francisco Aruca, tiene su origen en los esfuerzos encaminados a divulgar una visión de izquierda en un medio tan adverso como el de Miami. A la muerte de Aruca, ocurrida el 5 de marzo de 2013, ha continuado su labor gracias a la contribución de viejos y nuevos colaboradores, bajo la dirección de Álvaro Fernández. Cuenta con una corresponsalía en Cuba, a cargo de Manuel Alberto Ramy.

últimos años, dígame la inesperada iniciativa de Barack Obama de restablecer relaciones diplomáticas con Cuba. Tiene la ventaja que aporta el análisis que, en tiempo real, se hizo de los principales acontecimientos y los actores involucrados en este proceso, lo que permite validar o negar las hipótesis planteadas en cada momento.

Vale señalar algunas variables que destacan por su importancia, a saber, la situación doméstica de ambos países y sus objetivos en política exterior; el contexto internacional, en especial en el ámbito latinoamericano y caribeño, así como el peso del tema migratorio y la comunidad cubanoamericana en las relaciones entre las dos naciones.

Espero que los que siguieron con interés este acontecer disfruten rememorando sus momentos más descolantes y debatan con el autor desde la visión de lo realmente ocurrido. Para otros, menos informados, que sirva de punto de partida para profundizar en un tema apasionante, como ocurre siempre que se habla de los vínculos históricos entre estos dos países.

Lamentablemente, los avances en las relaciones que describen estos trabajos han tenido un retroceso con el acceso de Donald Trump a la presidencia de Estados Unidos. En un próximo *dossier* de Ocean Sur, publicaremos trabajos relacionados con los «misterios» de esta marcha hacia atrás y su perspectiva de cara al futuro.

Jesús Arboleya Cervera

El triunfo de Obama y el futuro de las relaciones con Cuba²

La victoria de Barack Obama en las pasadas elecciones de Estados Unidos ha animado nuevamente el debate sobre la política de ese país hacia Cuba.

Los pronósticos transitan desde los escépticos, los cuales consideran que nada ocurrirá; hasta los entusiastas, que auguran importantes avances en las relaciones entre los dos países. En mi caso, más que tratar de «adivinar» lo que va a pasar, prefiero concentrarme en el entorno político que condicionará estas decisiones.

Para comenzar, creo apropiado establecer el límite de las expectativas. Cuando se habla de «normalización de relaciones» en un conflicto tan antagónico como el existente entre Estados Unidos y Cuba, probablemente a lo más que puede aspirarse es a establecer un clima de convivencia, lo cual de por sí no resulta nada fácil, dada la asimetría existente y los patrones que caracterizan la política exterior norteamericana. Sin embargo, si miramos la coyuntura actual, podremos observar que son muchos más que antaño los factores que empujan en esta dirección y en esto radica la potencialidad de los cambios.

Devenido modelo revolucionario del Tercer Mundo e importante factor en el balance de las fuerzas que determinaron la Guerra Fría, Kennedy comprendió mejor nadie la repercusión

² Publicado en *Progreso Semanal* el 29 de noviembre de 2012.

internacional del proceso revolucionario cubano; su destrucción se convirtió en una de las prioridades de su política exterior.

Bajo estas premisas se configuraron los aspectos esenciales de una política que rige hasta nuestros días, a pesar de que hace rato desaparecieron los referentes internacionales que le servían de base: Cuba ya no es el modelo revolucionario del Tercer Mundo ni se propone serlo, ni el problema estratégico de Estados Unidos está determinado por la competencia con la Unión Soviética.

Finalizada la Guerra Fría, tampoco se concretó la pretensión de establecer un orden unipolar donde la Revolución Cubana no tenía cabida. Por todos lados se observa el deterioro relativo de la hegemonía norteamericana, hasta el punto que solo la fuerza militar es capaz de marcar la diferencia. Como la utilización de este recurso no siempre es viable, en ocasiones Estados Unidos aparece huérfano de una política que se adecue a las transformaciones que tiene que enfrentar, lo cual se cumple de manera especial en el caso de Cuba.

En estos momentos, quizás el único asunto de carácter internacional donde Estados Unidos se encuentra totalmente aislado del resto del mundo, incluso de sus propios aliados y países dependientes, es el referido a la política hacia Cuba. Podría pensarse que el poderío norteamericano le permite desconocer esta realidad, pero ello tiene un costo que se concreta particularmente en América Latina, donde el caso cubano ha sido una de las causas de la crisis del andamiaje panamericanista. Estados Unidos puede intentar revertir los cambios ocurridos, enajenándose aún más del concierto latinoamericano, pero si intenta adecuarse, tendrá que revisar su política hacia Cuba.

Otro aspecto que ha influido en dicha política, es la dimensión doméstica del tema cubano. Aunque este análisis pudiera

lucir anticuado, vale decir que aún pervive en ciertos sectores de ese país la mentalidad que concibe a Cuba como un territorio destinado a pertenecerle debido a leyes tan inexorables como la «gravitación política» o la voluntad divina del «destino manifiesto». Solo esta visión explica la persistencia de una obsesión fundamentalista que en muchas ocasiones se sobrepone al raciocinio, poniendo en duda el «pragmatismo» que supuestamente caracteriza la política exterior de Estados Unidos.

Esta dimensión doméstica se vio potenciada por el establecimiento de una nutrida inmigración cubana. Concebida dentro de los planes norteamericanos como la base social de la contrarrevolución, las tendencias políticas predominantes han estado caracterizadas tanto por su agresividad hacia Cuba, como por su imbricación con las corrientes más conservadoras del espectro político estadounidense, influyendo tanto en la política local del sur de la Florida, como en el diseño y la implementación de la estrategia hacia la Isla.

No obstante, como lo demuestran los resultados de las últimas elecciones, tal balance ha sufrido modificaciones al debilitarse la extrema derecha cubanoamericana y los propios sectores ultraconservadores norteamericanos que le sirven de sustento, facilitando iniciativas tendientes al mejoramiento de las relaciones, las cuales pueden contribuir positivamente a los intereses del Partido Demócrata en el sur de La Florida y otras áreas de la vida política estadounidense, lo que refuerza la lógica de su conveniencia para el actual gobierno.

A ello se suma el incremento de sectores económicos interesados en hacer negocios en Cuba, potenciados dentro del contexto de la crisis económica que vive ese país y las oportunidades que brindan las reformas del modelo económico cubano. Por último, están las fuerzas que tradicionalmente, ya sea por

razones ideológicas o criterios constitucionales, exigen la eliminación de las actuales restricciones a los viajes y otras formas de intercambio entre los dos países. Tales manifestaciones abarcan todo el espectro político estadounidense, desde conservadores hasta liberales, lo que induce la posibilidad de concretar un consenso que también favorecería la política gubernamental, si este fuese su propósito.

En resumen, aunque el resultado electoral no resuelve totalmente las contradicciones existentes y efectivamente existen importantes escollos que salvar, como la existencia de la ley Helms-Burton, Obama cuenta con las facultades necesarias para promover cambios en las relaciones entre los dos países y mejores condiciones que ningún otro presidente anterior para concretarlas, toda vez que, a diferencia del pasado, cuando plantearse lo tenía más costos que beneficios, ahora le reportaría ganancias a escala nacional e internacional y a todas luces se corresponde con intereses y criterios mayoritarios en Estados Unidos.

En buena medida, lo que ocurra dependerá entonces de la voluntad del presidente y la presión que ejerzan los grupos interesados en los cambios, sobre los cuales también pueden influir iniciativas cubanas, como lo demuestra el impacto que han tenido en la comunidad cubanoamericana las recientes reformas a la política migratoria del país.

Cuba, además, ha propuesto oficialmente comenzar un diálogo en este sentido y aunque las posiciones de ambos gobiernos aún parecen demasiado distantes para imaginar un cambio radical, en el medio existen innumerables puntos de posibles coincidencias que servirían para iniciar un camino que, como dijo el poeta Antonio Machado, se hace al andar.

¿Qué pasa con Cuba?³

Llamó mucho la atención que el pasado 8 de noviembre el presidente Barack Obama declarara en Miami que era necesario «actualizar» la política de Estados Unidos hacia Cuba. Desde mi punto de vista, el objetivo fue exactamente lo que se dijo: recaudar fondos e impulsar la campaña demócrata para las elecciones parciales del próximo año. Lo relevante es que el lugar escogido fuese la casa del presidente de la Fundación Nacional Cubano Americana y que el tema para atraer al electorado cubanoamericano consistiera en la necesidad de transformar la política norteamericana hacia la Isla. ¡Como cambian los tiempos!, podrían afirmar más de uno.

Tres días después, el secretario de Estado, John Kerry, se expresó en los mismos términos ante los representantes de los estados miembros de la Organización de Estados Americanos (OEA). A decir verdad no dijo nada nuevo, pero la retórica misma indica que para Estados Unidos no resulta viable mantener una política encaminada a aislar a Cuba del concierto continental y al menos debe ofrecer esperanzas de cambio como lo exigen los países latinoamericanos, sobre todo, de cara a la Cumbre de las Américas de 2015, a la que muchos dijeron que no asistirían si Cuba no estaba incluida.

Otro acontecimiento relacionado con Cuba acaparó el interés de la prensa. El 26 del mismo mes, la Sección de Intereses

³ Publicado en *Progreso Semanal* el 6 de diciembre de 2013.

de Cuba en Washington anunció la necesidad de cancelar sus operaciones consulares, debido a que ningún banco norteamericano o extranjero acreditado en Estados Unidos estaba dispuesto a asumir sus cuentas corrientes. La razón que aducen estas empresas es que las restricciones, controles y posibles sanciones impuestas por el bloqueo a Cuba, tornan demasiado complicado y peligroso este negocio.

Evidentemente al gobierno norteamericano no le conviene este problema, no solo porque pone en entredicho su capacidad para honrar sus compromisos internacionales en materia de representación diplomática, sino porque sus consecuencias pueden afectar los viajes y el contacto con Cuba que, como vimos, es la base de su trabajo con el electorado cubanoamericano.

En una decisión que no deja de ser inusitada, el pasado 3 de diciembre el Departamento de Estado autorizó la participación cubana en la Serie del Caribe de Béisbol. Aparentemente este evento nada tiene que ver con el gobierno norteamericano, dado que ni siquiera equipos de ese país participan en el mismo, pero a los dirigentes de la Mayor League de Béisbol les preocupaba estar violando el bloqueo, si atletas contratados por ellos participaban en el mismo, por lo que exigieron a los organizadores del torneo solicitar esta licencia. No es casual que haya sido el Departamento de Estado —y no el del Tesoro— el que emitió la aprobación: el tema del campeonato de pelota se convirtió en un problema internacional, obligando a Estados Unidos a actuar al respecto.

Ese mismo día, circuló la noticia de que Alan Gross, contratista norteamericano detenido en Cuba, había escrito al presidente Obama reclamando que el gobierno de Estados Unidos lo había abandonado, a pesar de que, según dijo, estaba cumpliendo misiones para ese país. Sesenta y seis senadores se dirigieron

también al presidente pidiéndole que hiciera todo lo posible por conseguir la liberación de Gross y le aseguraron apoyarlo para alcanzar este objetivo, mientras que Kerry dijo en Bruselas que «algo» se estaba haciendo, pero no podía dar más detalles.

El gobierno cubano, por su parte, convocó una vez más a Estados Unidos a negociar una solución para este caso, sobre la base también de tener en cuenta los reclamos humanitarios de los cuatro cubanos detenidos hace más de 15 años en cárceles norteamericanas, a lo cual se ha opuesto el gobierno norteamericano hasta el momento.

El factor común que rodea estas noticias es la demostración de que la política hacia Cuba se ha convertido en una trampa para los propios Estados Unidos, en la medida en que impide al gobierno actuar con la flexibilidad que exige la gestión política, tanto a escala internacional como en el plano doméstico.

Hasta la extrema derecha cubanoamericana hoy día reniega de las camisas de fuerza que contribuyó a establecer: los republicanos quisieran volar en pedazos la Ley de Ajuste Cubano porque se ha convertido en una fábrica de opositores a su línea y la Fundación Nacional Cubano Americana —en buena medida la inventora de la ley Helms-Burton— ahora su suma al presidente reclamando una política más «creativa».

Ningún otro gobernante de Estados Unidos ha estado en mejores condiciones que Obama para dar pasos en el sentido de modificar la política hacia Cuba, no tanto porque la visión norteamericana haya cambiado —«los objetivos son los mismos», dijo el presidente en casa de Mas Santos—, sino porque así lo exigen los propios condicionamientos de la política estadounidense. Ahora falta la voluntad para hacer lo que dicta el sentido común, aunque alguien dijo que era el menos común de todos los sentidos.

La CELAC y la política de Estados Unidos hacia Cuba⁴

Bajo la presidencia *pro tempore* de Cuba, acaba de celebrarse en La Habana la II Cumbre de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC). Participaron los 33 estados miembros, lo que abarca a todos los países del continente, excluyendo a Estados Unidos y Canadá. Treinta y un jefes de Estado encabezaron sus respectivas delegaciones, convirtiéndola en una de las reuniones de mayor jerarquía y más alto nivel de convocatoria jamás celebrada en la región.

Quizás asumiendo el viejo axioma de que lo que no publican no existe, los grandes medios informativos de Estados Unidos apenas reseñaron la noticia y millones de norteamericanos no se enteraron del acontecimiento. Pero el gobierno recibió un mensaje tan fuerte y claro que la subsecretaria de Estado, Roberta Jacobson, se apresuró a declarar que se sentía «decepcionada» con el cónclave, debido al espaldarazo brindado al régimen cubano, el cual, según sus criterios, no cumple con los estándares democráticos exigidos.

El asunto, sin embargo, es mucho más complejo. Si bien es cierto que la cumbre de la CELAC constituyó una muestra de respaldo a Cuba, expresada tanto en los documentos aprobados como en las declaraciones de los mandatarios, los objetivos de la reunión no estuvieron centrados en este asunto, sino en

⁴ Publicado en *Progreso Semanal* el 6 de febrero de 2014.

establecer mecanismos de integración que fortalezcan la capacidad del bloque para impulsar sus economías, articular políticas sustentables de desarrollo social y preservación del medio ambiente, así como enfrentar los retos de la globalización económica.

De cierta manera, la CELAC no hizo más que dar continuidad a los diversos esfuerzos integracionistas acontecidos en la región en los últimos años, entre los que se destacan el MERCOSUR, la Asociación de Estados del Caribe y la Alianza Bolivariana para los Pueblos de América (ALBA).

La CELAC no se organiza contra Estados Unidos, incluso en ella están presentes algunos de sus principales aliados en el área. Lo que ocurre es que la hegemonía norteamericana se asienta en una cultura de la dependencia que, por su propia naturaleza, constituye un estorbo real para alcanzar estos propósitos nacionales, lo que la convierte en uno de los obstáculos a vencer.

Excepto Cuba —a quien de todas formas le tocó por carambola—, ningún país de América Latina y el Caribe se salvó de las consecuencias sociales del modelo neoliberal auspiciado por Estados Unidos en los años noventa del pasado siglo. La crisis originada por este sistema fue lo que condujo a la emergencia de los movimientos populares, los cuales transformaron el régimen político de varios países de la región. Incluso donde no se produjeron cambios políticos tan abarcadores, fue necesaria la implantación de políticas públicas que atenuaran los conflictos y abrieran nuevas perspectivas al desarrollo.

Para adecuarse a las exigencias del mercado mundial, América Latina y el Caribe necesitan superar su condición de exportadora de materias primas y ello requiere potenciar sus propios recursos mediante inversiones que agreguen valor a sus pro-

ducciones y disminuyan la brecha tecnológica que los separa del primer mundo; establecer nuevos mecanismos financieros para ser menos vulnerables a las crisis económicas globales; alcanzar concertaciones comerciales con vista a potenciar sus propios mercados, así como establecer alianzas regionales para negociar en condiciones de igualdad con las grandes potencias y otros bloques económicos.

Estos intereses traspasan todo el tejido social latinoamericano y caribeño, por lo que solo los sectores oligárquicos más recalcitrantes y aquellos vinculados orgánicamente al capital extranjero se oponen a estos objetivos. Tal ecuación es la que explica que ni siquiera los golpes de Estado patrocinados por estas fuerzas, como los ocurridos en Honduras y Paraguay, a la larga hayan podido revertir la lógica integracionista y terminaran por reintegrarse al sistema.

Tal voluntad política implica retos impostergables en áreas como la educación, la salud pública y la protección del medio ambiente, no solo por su impacto directo en el bienestar humano, sino por su incidencia en las transformaciones económicas que requiere la región, y Cuba aporta un capital humano en algunos casos indispensable para la satisfacción de estas aspiraciones.

En la actualidad es inconcebible la vida en Haití sin la presencia de los médicos cubanos. Otros, tan poderosos como Brasil, han recurrido a estos servicios porque no existen otras alternativas. Igual ocurre en prácticamente todo el Caribe y en numerosos países latinoamericanos. No solo en Venezuela, Ecuador o Bolivia, con los cuales Cuba mantiene estrechas relaciones políticas, sino en otros como Guatemala, donde no existen tales vínculos.

Proyectos como la alfabetización universal, uno de los objetivos de la CELAC, también se nutren de maestros y sistemas cubanos de enseñanza. Los fármacos cubanos, diseñados especialmente para enfrentar pandemias del Tercer Mundo, son muy apreciados en la región y el desarrollo cubano en este y otros campos del saber científico, abren la posibilidad de empresas conjuntas de diversa naturaleza.

Hasta la ubicación geográfica contribuye a la importancia de Cuba para la integración latinoamericana y caribeña: la apertura del nuevo puerto del Mariel no hace más que confirmar lo que comprendieron los españoles en 1540, cuando establecieron a La Habana como el punto de concentración de la flota. También los padres fundadores de Estados Unidos se dieron cuenta de su importancia, no por gusto la doctrina Monroe se diseñó pensando en Cuba.

Cuba constituye el vínculo natural del Caribe con América Latina y su peso en el resto del Tercer Mundo, así como su influencia política en la izquierda mundial, aportan a la CELAC espacios de diálogo a escala internacional y la posibilidad de contribuir a resolver conflictos internos, como es el caso de las conversaciones de paz que se desarrollan en Colombia, donde el papel de Cuba ha sido públicamente destacado por el presidente Santos, un aliado muy cercano de Estados Unidos.

¿A cambio de qué Estados Unidos puede forzar la exclusión de Cuba del concierto regional? Es cierto que antes lo lograron, pero el mundo actual no es el de 1962, cuando Cuba fue expulsada de la OEA. El cambio de esta realidad es precisamente lo que no acaba de comprender el gobierno norteamericano, no solo en lo concerniente a sus relaciones con Cuba, sino con América Latina y el Caribe.

Por sus propios intereses, los gobiernos latinoamericanos y caribeños exigen la presencia de Cuba en los organismos continentales, incluso en la OEA, donde Cuba se ha negado a reingresar. Aparte de otras ventajas, ello tiene el valor simbólico de establecer los límites de la hegemonía norteamericana en el área, así como proyectar otro tipo de relación con el poderoso vecino del Norte.

Es una condición para «el nuevo comienzo» que prometió Obama cuando asumió su primer mandato, pero que todavía no ha dado ni siquiera sus primeros pasos. Incluso la obstinación de Estados Unidos respecto a Cuba hace peligrar la celebración de la próxima Cumbre de las Américas, convocada en Panamá el año que viene, lo que aceleraría la crisis definitiva del sistema panamericano, diseñado por ese país desde finales del siglo XIX, para garantizar su dominio de la región.

Cambiar la política hacia Cuba resulta así una necesidad de la política exterior norteamericana que trasciende el marco bilateral, para extenderse al resto de la región y otras partes del mundo. Hay que ver entonces si ellos están dispuestos a «cambiar lo que debe ser cambiado». Un consejo de Fidel Castro pensado para Cuba, pero que pudiera servirles para su propio provecho.

¿Una nueva política de Estados Unidos hacia Cuba?⁵

Una inusual muestra de consenso en el polarizado escenario político estadounidense ha sido la carta pública que unas 40 personalidades de ambos partidos acaban de enviar al presidente Barack Obama, proponiéndole un cambio de la política hacia Cuba.

En verdad no se trata de algo nuevo, en diversos momentos, representantes de importantes sectores de la sociedad norteamericana han reclamado sin éxito la necesidad de este cambio. Tampoco es novedoso el argumento, aducido por los firmantes de la carta, de que por la vía de la flexibilización de la política y el aumento de los contactos entre los dos países será más fácil alcanzar el cambio de régimen que aspiran lograr en Cuba.

De todas formas, cualquiera que sea la vuelta que quiera dársele al asunto, la carta constituye el reconocimiento, por parte de muchos de los que fueron sus ejecutores, del fracaso de una política que durante más de medio siglo ha tratado de asfixiar económicamente a Cuba y aislarla en el escenario político internacional.

Otro elemento importante es que no se trata de una iniciativa aislada, sino que forma parte de una corriente que ha tomado fuerza en los últimos meses, como consecuencia de presiones convergentes, entre las que los propios firmantes desta-

⁵ Publicado en *Progreso Semanal* el 22 de mayo de 2014.

can el rechazo de la actual política por parte de la mayoría de la opinión pública norteamericana y la crítica casi unánime del resto del mundo a la misma.

También ha circulado en los últimos días la noticia de la próxima visita a la Isla de una delegación de la Cámara de Comercio de Estados Unidos encabezada por su presidente Thomas J. Donahue, el cual ya estuvo en el país en 1999, se entrevistó con el entonces presidente Fidel Castro y en diversas ocasiones ha manifestado su oposición al bloqueo económico a Cuba.

Se trata quizás de la organización empresarial más importante de Estados Unidos y uno de sus principales lobistas. En la delegación estarán presentes directivos de varios de los consorcios más poderosos del país y es lógico suponer que su interés es explorar la posibilidad de un mayor acceso al mercado cubano frente a la creciente competencia de otros poderosos actores, como China, Rusia, Brasil y varios países de la Unión Europea, que han iniciado un proceso de revisión de su política hacia Cuba.

Dentro de esta lógica también pudiera ser interpretada la declaración del aspirante a gobernador floridano, Charlie Crist, respecto a la necesidad de cambiar la política hacia Cuba.

En su momento tal declaración fue entendida como un gesto para atraer a un segmento del electorado cubanoamericano que, de manera creciente, se ha distanciado de la extrema derecha y apoya mejores relaciones con la Isla. Sin embargo, Crist ha ido más allá del sector cubano. Si la apertura favorece a la economía floridana está incluyendo entre los beneficiados a otras comunidades.

Frente al planteamiento de la extrema derecha respecto a los créditos económicos que reporta a Cuba el incremento de los contactos con la comunidad cubanoamericana, muy pocos

se han referido a la importancia que también significan para la Florida los negocios resultantes de los mismos y el considerable daño que implicaría eliminarlos.

No sería ocioso analizar si el mejoramiento de los indicadores económicos que se aprecian en el estado hubiesen sido posibles sin la existencia de estas actividades, las cuales contemplan el tráfico de cientos de miles de personas, el aumento del comercio interno, la creación de nuevos empleos y el impacto de los nuevos inmigrantes en el mercado inmobiliario y las construcciones, para solo citar algunos de sus efectos.

Todo ello pudiera crecer exponencialmente y aumentar su valor cualitativo, si no existiera el bloqueo económico a Cuba. Crist no ha sido el único en comprenderlo. Declaraciones similares han sido realizadas por gobernantes y grupos económicos de otros estados y se ha multiplicado la presencia de delegaciones de los mismos en la isla.

Se impone entonces la pregunta: ¿por qué si son evidentes la caducidad de la política mantenida, los daños que causa a la propia economía norteamericana y la oposición de tantos sectores estadounidenses a la misma, Washington no cambia la línea del fracaso con La Habana?

La respuesta no es sencilla. Está relacionada tanto con el ejercicio de la hegemonía de Estados Unidos en el mundo, como con las contradicciones internas que vive ese país. También con la realidad internacional, especialmente con lo que acontece en América Latina.

Pero, sobre todo dependerá de la propia evolución de la situación cubana a partir del resultado de las reformas económicas en curso, así como el impacto interno y externo que tendrá el relevo generacional de la dirección histórica de la Revolución, anunciado para el 2018.

Vale entonces la pena que nos detengamos aquí, para analizar esta problemática con la profundidad requerida en un próximo artículo.

Variables que pueden influir en un cambio de política de Estados Unidos hacia Cuba⁶

Aunque usualmente es considerada una excepcionalidad, la política de Estados Unidos hacia Cuba, tanto en sus objetivos como en muchos de sus métodos, no ha sido muy distinta a la aplicada por ese país ante cualquier proceso que haya cuestionado su dominio. La diferencia radica en que, hasta ahora, solo Cuba ha podido sobrevivir a estas presiones por más de medio siglo.

Desde la época de Eisenhower, los gobernantes norteamericanos han actuado bajo la premisa de que el régimen cubano resulta «incompatible» con los intereses de Estados Unidos, por lo que el objetivo ha sido destruirlo a toda costa. Más allá de otras consideraciones, Cuba se ha convertido en una «obsesión» de la política estadounidense, característica ajena al «pragmatismo» atribuido como virtud propia de los políticos de esa nación.

Dentro del contexto de la Guerra Fría, la excusa fue la amenaza que representaba la alianza de Cuba con la Unión Soviética. Desaparecido ese entorno y fracasado el intento de incluirla en la hecatombe, el problema cubano emergió como parte de los procesos políticos que están teniendo lugar en América Latina, donde de manera unánime se exige la reintegración de Cuba al concierto político continental.

⁶ Publicado en *Progreso Semanal* el 28 de mayo de 2014.

La política de Estados Unidos no ha sido complaciente con estos procesos, todo lo contrario, ha tratado de revertirlos. Dentro de esta lógica, ciertos grupos de poder norteamericanos insisten en la necesidad de mantener una política de máxima hostilidad hacia Cuba a fin de impedir un mejoramiento económico que reforzaría su influencia e incentivaría aún más los procesos progresistas e integradores en marcha.

El problema es si tal política es viable en las actuales circunstancias. De cara a la Cumbre de las Américas de 2015, Estados Unidos corre el riesgo de poner en peligro la estabilidad del sistema panamericano, base estructural de su hegemonía en la región, como resultado de su reticencia a admitir la presencia cubana en la reunión. Por otra parte, aceptarla sería ciertamente incompatible con su presente política hacia Cuba. He ahí el dilema y la contradicción. ¿Cómo los enfrentará?

Otra variable es el complejo de posiciones que dentro de la propia sociedad norteamericana se mueven alrededor del tema. El Congreso parece inamovible, más que por el caso específicamente de Cuba, por la estrategia republicana de bloquear cualquier iniciativa del presidente. Resulta así que hay que esperar el resultado de las dos próximas elecciones, en 2014 y 2016, para evaluar la factibilidad de un cambio sustancial de la política hacia Cuba, toda vez que la ley Helms-Burton establece sus condicionantes.

Ante esta realidad, diversas fuerzas están tratando de impulsar medidas ejecutivas que, si bien no cambiarían la política de manera esencial, flexibilizarían las disposiciones vigentes y establecerían con mayor claridad la tendencia al cambio. Se trata de un movimiento que ha ganado fuerza y cohesión, aunque en el mismo confluyen diversos intereses.

Algunos son históricos, como los críticos a una política que consideran errada por principios éticos e ideológicos o los que aspiran a modificarla por razones de interés cultural, profesional, incluso humanitarios y religiosos.

También existen sectores de la economía norteamericana interesados en acceder al mercado cubano, en condiciones de igualdad con sus competidores internacionales. Tales posiciones se han manifestado en otras ocasiones provocando ciertas excepcionalidades a la implementación del bloqueo y ahora aparecen revitalizadas con el respaldo político de las autoridades de diversos estados y organizaciones empresariales, incluso de congresistas vinculados a estos intereses, algunos de ellos republicanos conservadores.

Por último, están los grupos políticos que fundamentan su propuesta desde la perspectiva de ganar mayor influencia en la sociedad cubana e incluso promover el cambio de régimen que la actual política ha sido incapaz de generar. A estos grupos se suman otros menos comprometidos con esta tesis, pero que se sirven del argumento para «potabilizar» sus propuestas frente a la intransigencia de la extrema derecha, aunque, a su vez, tal discurso establece barreras de comunicación y reacciones negativas de diversos sectores de la sociedad cubana, incluyendo al propio gobierno.

Una variable nueva en la actual coyuntura es el papel de la comunidad cubanoamericana. De base social de las posiciones más hostiles ha evolucionado hasta convertirse, de forma mayoritaria, en promotora de los contactos con Cuba. Ello ha dado lugar a que el tema sea asumido como parte de la agenda de algunos candidatos floridianos, entre ellos el aspirante a gobernador Charlie Crist, así como al surgimiento de grupos alternativos a la extrema derecha tradicional, los cuales, adoptando

diversas posturas, han devenido impulsores de importantes iniciativas tendientes al cambio de la política vigente.

Nadie puede asegurar que estos esfuerzos conducirán inexorablemente al cambio de política que se propone. Por un lado, pesa la mencionada visión estratégica de Estados Unidos respecto a Cuba, así como el indicador de la reticencia de ese país a modificar su política hacia América Latina y aceptar las transformaciones que están teniendo lugar en la región. También se requeriría de la voluntad de un presidente que no se ha destacado por su osadía.

El saldo positivo de la política de Obama hacia Cuba ha sido el establecimiento de un *status quo* que marca el límite del peor escenario posible. También ha avanzado la comunicación entre ambos gobiernos en asuntos de interés mutuo y la retórica contra Cuba ha disminuido su virulencia. Pero resulta imposible pronosticar su evolución, porque nadie sabe las fuerzas que regirán esa nación en el futuro inmediato. Estamos ante un escenario de incertidumbres, donde quizás lo determinante resida en la propia realidad cubana.

El éxito de las reformas económicas cubanas, la estabilidad resultante del relevo generacional de la dirección política del país y el sostenimiento de la cohesión nacional, determinarán las condiciones objetivas en que puede ser aplicada la política norteamericana, cualquiera sea el escenario en que influyan otras circunstancias. En definitiva, como siempre, en última instancia, todo dependerá de los cubanos.

El resultado de las elecciones y la política de Estados Unidos hacia Cuba⁷

En los días previos a las elecciones parciales recién finalizadas, se desató una ofensiva mediática encaminada a solicitar al presidente Barack Obama un cambio de la política hacia Cuba. Resulta obvio que los impulsores de esta campaña estaban en condiciones de prever que los resultados de estos comicios se traducirían en una victoria republicana, tal como acaba de ocurrir. Se impone entonces la pregunta:

¿Cómo puede influir el triunfo republicano en esta dinámica?

Desde mi punto de vista bastante poco. Antes de perder la mayoría en el Senado, todo el mundo sabía que el presidente no podía contar con el Congreso para modificar su política hacia Cuba, por lo que los reclamos estaban dirigidos a que hiciera uso de sus facultades ejecutivas, cosa que con seguridad continuará ocurriendo en el futuro inmediato.

Incluso, como han señalado Álvaro Fernández y otros comentaristas, las cosas pudieran facilitársele, debido al debilitamiento de las presiones dentro de su propio partido, dada la sustitución del demócrata Bob Menéndez como presidente de la comisión de relaciones exteriores del Senado.

Ahora sus enemigos principales serán los republicanos, pero esa será una constante en todas las acciones de su gobierno. Por lo que el tema de Cuba se inserta en la polarización política que

⁷ Publicado en *Progreso Semanal* el 8 de noviembre de 2014.

ha caracterizado el gobierno de Obama y todo dependerá de su voluntad para actuar en este escenario.

Hace rato que Obama debe haberse olvidado de su pretensión de convertirse en el «presidente de todos los norteamericanos» y de buscar un acomodo con los republicanos. Ahora sus opciones son más drásticas: o se decide a actuar a contrapelo de sus contrarios, con las implicaciones políticas que esto tiene, o se subordina a sus designios y se convierte en un «peso muerto» en la política del país, como auguran algunos analistas.

Los niveles de impopularidad del presidente son considerados como responsables del desastre electoral sufrido por los demócratas. Es cierto que esto ocurre de manera bastante regular en los segundos mandatos presidenciales, pero en el caso de Obama tiene otras connotaciones, debido al impacto social que tuvo su elección.

Hay que ver entonces si, consciente de esta responsabilidad histórica, Obama tiene la disposición de revertir esta situación y presentar batalla al menos en los campos que deciden su posible «legado», los cuales, por cierto, no parecen que sean muchos.

Dentro de esta lógica es que adquiere cierta relevancia el tema cubano. Digo «cierta», porque frente a los enormes problemas internos y externos que debe encarar la política norteamericana, el tema de Cuba reviste una importancia menor. Sin embargo, tiene un valor simbólico que supera sus connotaciones reales y puede servir al presidente para mejorar una imagen muy dañada por la falta de determinación mostrada en muchos casos.

En verdad no sería una decisión tan difícil porque incluso sectores republicanos apoyarían estos cambios; porque sería bien recibida por la comunidad internacional, especialmente en América Latina, donde en abril del próximo año tiene que

enfrentar la Cumbre de las Américas con la presencia cubana, y porque tendría un impacto particular en el estado de la Florida con vista a las elecciones de 2016, algo que constituye una prioridad de su partido.

Según encuestas realizadas a pie de urna, los cubanoamericanos apoyaron mayoritariamente al aspirante demócrata por la gobernación Charlie Crist, lo que confirma una tendencia que ya se expresó en las elecciones presidenciales pasadas. La mayor parte de los analistas lo achaca a las diferencias de los contendientes respecto al tema cubano. Incluso Scott descendió 20 puntos porcentuales respecto a las elecciones de 2010 en este segmento del electorado y perdió en todos los condados con alta concentración de cubanoamericanos, lo que también pudiera ser un indicador que favorece a los demócratas de cara a las elecciones de 2016.

Aunque una victoria de Charlie Crist hubiese contribuido a impulsar un cambio de la política hacia Cuba, su derrota no altera sustancialmente la ecuación previa a las elecciones y lo mismo ocurre en el caso de Joe García. En definitiva, los opositores son los mismos que existen ahora y dudosamente aumentarán sustancialmente su influencia debido a la victoria republicana.

Más importante aún, el reciente triunfo republicano no modifica los factores objetivos que hoy día justifican la crítica a la política de Estados Unidos hacia Cuba. Se trata de una política agotada, incapaz de satisfacer los objetivos para la cual fue diseñada, contraproducente para los propios intereses norteamericanos y rechazada por la mayor parte de la opinión pública estadounidense, incluyendo a los cubanoamericanos. Tampoco altera el hecho de que Obama es el presidente que mejores con-

diciones ha tenido para cambiarla y, probablemente, al que más le convenga hacerlo.

Tal como se titulaba una vieja novela radial cubana: «el destino está en sus manos».

La recta final de Obama⁸

Obama ha comenzado a correr la recta final de su carrera presidencial y el impulso inicial han sido las decisiones ejecutivas tomadas con vista a reformar la actual política migratoria respecto a los inmigrantes ilegales.

Aunque evidentemente no resuelven en lo fundamental este problema, los beneficios de estas medidas abarcan a unos cinco millones de personas y han sido percibidas por muchos, dentro y fuera de Estados Unidos, como un acto valiente, humano e inteligente que sirve para mejorar la maltratada imagen del presidente.

Es también una medida política que podría indicarnos el patrón de gobierno que regirá Estados Unidos en los dos próximos años, donde se enfrenta el poder ejecutivo con una mayoría republicana en ambas cámaras del Congreso, que tratará de impedir cualquier iniciativa legislativa de la administración.

Tal grado de polarización va a dificultar en extremo la coherencia de la política norteamericana, tanto en el plano doméstico como en la política exterior, a lo que suma el interés de ambos partidos de posicionar sus candidatos y agendas respectivas de cara a las elecciones presidenciales de 2016.

En tal sentido, las reformas migratorias no son ajenas al interés demócrata de satisfacer los reclamos de un electorado que apoya estas medidas: en primer lugar los propios latinos, que en las últimas elecciones demostraron una vez más su

⁸ Publicado en *Progreso Semanal* el 28 de noviembre de 2014.

respaldo mayoritario a este partido, así como el de otros sectores de la sociedad norteamericana, que apoyan estas reformas por razones humanitarias, ideológicas, incluso, económicas.

Sin duda, las reformas migratorias tendrán un impacto en la política de Estados Unidos hacia América Latina, dadas las inmensas tensiones que implica la emigración ilegal en varios países de la región, lo que a su vez también repercutirá en la intención del voto latino, debido al creciente interés que demuestran por la política hacia sus respectivos países, en correspondencia con la naturaleza transnacional que ha adquirido esta inmigración.

El mejor ejemplo de esto es la inmigración cubana. La política hacia Cuba siempre ha sido un tema central en la actitud del electorado cubanoamericano y aunque algunos consideran que ese interés ha disminuido como resultado de los cambios sociales ocurridos en la misma, nadie puede asegurar que le resulta indiferente.

Antes, este interés se expresaba desde las posiciones más hostiles y resultaba un hecho común que cualquier candidato que pretendiera captar este voto, ya fuese republicano o demócrata, local o nacional, endureciera su discurso y prometiera actuar sin miramientos para «acabar con el gobierno de Castro».

Las cosas ahora son bien distintas. Está demostrado que una mayoría creciente del electorado cubanoamericano apoya un mejoramiento de las relaciones con Cuba y ello ha repercutido en sus preferencias electorales a favor de los demócratas. Así ocurrió con Obama en 2012 e, incluso, en las últimas elecciones en la Florida, a pesar de que los republicanos ganaron la mayor parte de las contiendas.

No es entonces descabellado pensar que si la adopción de las reformas migratorias indica un patrón de conducta del presi-

dente en los próximos dos años, un mejoramiento de las relaciones con Cuba pudiera estar entre sus decisiones. En definitiva lo justificarían las mismas razones:

—Sería considerado por muchos —entre ellos un segmento relativamente importante del electorado norteamericano— como un acto valiente, inteligente y renovador, que fortalecería la imagen del presidente.

—Facilitaría las relaciones con América Latina, especialmente ante la incómoda situación que tendrá que enfrentar Estados Unidos en la próxima Cumbre de las Américas, a celebrarse en Panamá en abril de 2015, donde es un hecho que Cuba estará invitada.

—Incrementaría el potencial de electores cubanoamericanos a favor de su partido, en las elecciones de 2016.

El asunto, por tanto, no radica en analizar la importancia de Cuba para la política norteamericana, sino su valor simbólico, dentro de un conjunto de acciones que tienen el objetivo de expresar la voluntad de una de las tendencias que pujan por gobernar el país.

Claro está que, al igual que ocurre con las reformas migratorias, contra esta política hacia Cuba estarán los enemigos declarados del presidente, los cuales reniegan hasta del color de su piel. Nada de lo que haga alterará esta oposición, por lo que, a no ser que abdique, no tendrá otro remedio que enfrentarlos.

Partir de la lógica para comprender la política norteamericana es siempre un ejercicio intelectual arriesgado, pero resulta evidente que, en este y otros casos, Obama tiene la oportunidad de actuar en lo que paradójicamente resulta su escenario preferido: compulsado por las circunstancias y con riesgos perfectamente calculados.

Tres preguntas básicas sobre el restablecimiento de relaciones entre Cuba y Estados Unidos⁹

¿Qué pasó?

No conozco un solo analista que predijera la envergadura de los acuerdos alcanzados en las negociaciones entre Cuba y Estados Unidos, y debemos agradecerse a ambos gobiernos.

La discreción alcanzada es muestra del interés de los involucrados, incluyendo el Papa Francisco y el gobierno de Canadá, reflejo del deseo mundial por resolver este problema.

Las negociaciones se desarrollaron con un alto grado de profesionalidad y en un clima de igualdad soberana y respeto mutuo, como había exigido la parte cubana, cuidando que todos los detalles reflejaran esta condición.

Ambos gobiernos lograron lo que querían:

—La liberación de personas que constituían un reclamo popular y un problema para la política exterior de los dos países.

—Obama aprovechó el momento para rediseñar su política hacia Cuba, establecer un legado histórico de su administración, fortalecer su imagen doméstica y eliminar un escollo en sus relaciones internacionales, especialmente en América Latina.

—Cuba, por su parte, obtuvo una victoria política de resonancia internacional que contribuyó al estímulo de la moral interna y se liberó, al menos en parte, de trabas que pesaban de manera extraordinaria sobre sus posibilidades de desarrollo económico.

⁹ Publicado en *Progreso Semanal* el 5 de enero de 2015.

¿Por qué pasó?

El gobierno de Estados Unidos actuó por razones que trascienden el caso de Cuba y responden tanto a sus intereses nacionales, como de manera específica a los del partido demócrata de cara a las elecciones de 2016.

Aunque la versión oficial norteamericana hace énfasis en la necesidad de cambiar los métodos de su política hacia Cuba, factores objetivos demuestran que no solo la inadecuación de los métodos hizo insostenible esa política.

Durante más de medio siglo, Cuba ha demostrado su capacidad para resistir una política subversiva integral, donde solo ha faltado la invasión militar directa —una posibilidad siempre presente en la política exterior de Estados Unidos, que por diversas razones no se atrevió a aplicar en Cuba.

Como han reconocido el propio Obama y su secretario de Estado, John Kerry, la política contra Cuba terminó por aislar a Estados Unidos a escala internacional y particularmente en América Latina, poniendo en peligro la propia existencia del sistema panamericano, a través del cual se ha articulado la hegemonía norteamericana en la región.

Devino, además, una política impopular en Estados Unidos, contraria a grupos económicos interesados en el mercado cubano e incluso, perdió mayoría en la base social que le servía de sustento dentro de la comunidad cubanoamericana, planteando oportunidades para el partido demócrata con vista a las elecciones de 2016, de manera especial en el estado de la Florida.

¿Qué podemos esperar?

La interrogante principal es la posible reversibilidad de las medidas tomadas por el gobierno de Obama, ya sea por la actuación de la mayoría republicana en el Congreso o por un

cambio en el escenario político, si triunfa el candidato de ese partido en las próximas elecciones.

El presidente Obama actuó dentro de las potestades ejecutivas que le otorga la ley Helms-Burton. Aunque ciertos congresistas —especialmente la extrema derecha cubanoamericana— tratarán de poner cuantos obstáculos sean posibles a la implementación de su política, para el Congreso resultará muy difícil impedir que el presidente actúe hasta donde crea conveniente dentro del marco que le permite la ley.

De hecho, los republicanos no estarán en condiciones de presentar un bloque cohesionado contra estas decisiones, dado que importantes sectores republicanos apoyan el cambio de la política hacia Cuba. No parece que el tema de Cuba será el escogido por ese partido para articular un frente contra el presidente, como ocurrirá en otros asuntos de la política doméstica y exterior del país.

Sin embargo, Obama tampoco puede avanzar más allá si no es revocada la ley Helms-Burton y aquí los sectores republicanos que se oponen a los cambios tienen la posibilidad de impedir que el tema sea incluido en la agenda del Congreso. La lógica indica que los líderes republicanos en ambas cámaras actuarán de esa manera para impedir un cisma dentro del partido; así ya lo expresaron públicamente.

De resultas, el escenario más probable de la política hacia Cuba en los próximos dos años es que transcurrirá dentro de los límites que impone la ley Helms-Burton y sus avances dependerán de la voluntad del presidente.

Aunque es cierto que esta política puede ser modificada de un plumazo por cualquiera que asuma la presidencia en 2016, no resulta nada extraño en la conducción de la política exterior

norteamericana, donde el presidente generalmente disfruta de estas facultades.

El sostenimiento de lo alcanzado dependerá entonces de los avances que se logren en los próximos dos años y los intereses económicos y políticos que, como resultado de esto, se desarrollen en Estados Unidos respecto a Cuba, influyendo en la actuación de quienquiera sea el futuro presidente de esa nación.

El reto de la política cubana será facilitar estos progresos, sin menoscabo de su soberanía y sus propios intereses nacionales. Un problema serán los conflictos resultantes del mantenimiento del bloqueo en muchos aspectos, problemas pendientes entre los dos países y la insistencia de Estados Unidos en mantener una política de «promoción de la democracia», que implica una injerencia en los asuntos internos de Cuba.

Otros temas de confrontación surgirán de manera inevitable de las diferencias resultantes de la política exterior de ambos países. Prácticamente será un hecho en casi todos los escenarios internacionales, pero de manera especial en América Latina, donde la política norteamericana continúa siendo muy agresiva contra los gobiernos y los movimientos progresistas de la región.

El significado de la «normalización» de las relaciones recientemente alcanzado, será entonces lograr establecer un clima de convivencia entre dos contrarios, que en el proceso negociador tampoco ocultaron sus diferencias.

Con todo los inconvenientes que esto implica, ha sido un paso civilizador que ojalá sirva de ejemplo al resto del mundo y logre imponerse en el futuro que nos espera.

Raúl Castro: «Aprender el arte de la convivencia civilizada»¹⁰

Después de una pormenorizada reafirmación de la posiciones de Cuba en los temas más candentes del escenario internacional, particularmente los que atañen al área de América Latina y el Caribe, así definió el presidente Raúl Castro el reto que implica una eventual normalización de las relaciones con Estados Unidos.

Según puede inferirse de su discurso en la III Cumbre de la CELAC que actualmente se celebra en Costa Rica, Cuba percibe este proceso en dos momentos que, aunque relacionados, tienen sus propias especificidades: el restablecimiento de las relaciones diplomáticas y la aspiración de que estas relaciones funcionen en un clima de normalidad entre los dos países.

La decisión de restablecer relaciones diplomáticas constituye una decisión política anunciada por ambos presidentes, aunque ahora debe implementarse según las normas internacionales que rigen esta materia.

En algunos casos solo se trata de cumplir con procedimientos puramente burocráticos y protocolares, pero otros requieren de normas bilaterales que deben ser conciliadas por las partes.

Para el restablecimiento de las relaciones diplomáticas, el gobierno de Estados Unidos ha planteado discutir asuntos como la libertad para decidir el número de sus representantes;

¹⁰ Publicado en *Progreso Semanal* el 29 de enero de 2015.

el libre movimiento de estos por el país y la no existencia de restricciones a las importaciones de su embajada.

Tales reclamos tienen sus antecedentes. Dada la actividad de la CIA en Cuba, en 1961 el gobierno cubano exigió establecer una paridad en el número de funcionarios de cada embajada, limitando a 11 el máximo posible de los diplomáticos en plaza. Tal condición determinó el rompimiento de las relaciones diplomáticas por parte de Estados Unidos y, cuando se acordó establecer las secciones de intereses en 1977, el número establecido fue de 10 diplomáticos para ambas partes, aunque con posterioridad esta cifra fue flexibilizada, muchas veces sin la exigencia de una reciprocidad en el número de personas.

Como esta fue la causa aducida para el rompimiento de relaciones diplomáticas en su momento, es lógico suponer que sea un tema a discutir en el proceso de restablecimiento. La parte cubana, por tanto, también exige discutir las normas que regirán la conducta de estos diplomáticos en el país, un tema que ha sido fuente de conflictos, incluso cuando ha primado la limitación de funcionarios.

El libre movimiento de los diplomáticos es una limitación que rige en ambos casos, por lo que es de suponer que cualquier acuerdo al respecto funcione en condiciones de igualdad para los dos países. Algo similar debe ocurrir con la importación de productos y equipos para el funcionamiento de las embajadas, donde resulta común que se establezcan ciertas normas aduanales que rijan para ambas partes. Lo que pasa es que Estados Unidos en ocasiones utilizó estas prerrogativas para importar insumos que no se correspondían con esta lógica, como equipos para los grupos opositores, por lo que Cuba estableció límites y controles al respecto. Los cubanos aún recordamos cuando trataron de inundar el país con radios donde solo se escuchaba la

frecuencia de Radio Martí, la emisora oficial de Estados Unidos contra Cuba.

Para completar el proceso de restablecimiento de relaciones diplomáticas, Cuba también exige que se resuelva el problema de que su embajada pueda disponer de cuentas bancarias en Estados Unidos, así como que el país sea excluido de la lista de países promotores del terrorismo, algo que parece que el gobierno norteamericano está dispuesto a hacer, ya que para ellos también resulta inexplicable continuar negociando con un país incluido en esta lista.

La llamada «normalización de las relaciones» es un proceso más largo y complejo. De hecho, la voluntad hegemónica que prima en la política exterior de Estados Unidos dificulta pensar que cualquier país pueda establecer una relación «normal» con esa nación. La prepotencia que esto inspira muchas veces explica los «gazapos diplomáticos» de sus funcionarios, de los cuales el actual proceso de negociaciones con Cuba tampoco ha estado exento.

Por lo pronto, el presidente Raúl Castro planteó algunas premisas indispensables para avanzar en este camino (normalización): el fin del bloqueo económico, comercial y financiero; la devolución de la base naval en Guantánamo, un reclamo histórico que antecede al triunfo revolucionario y que a Obama le convendría aprovechar para ver si por fin logra cerrar la infausta cárcel establecida en ese territorio; el cese de las transmisiones de radio y televisión Martí, que no se oyen ni se ven en Cuba, pero constituyen una flagrante violación de la soberanía nacional y las normas internacionales, así como la compensación a Cuba por los daños ocasionados por el bloqueo, lo que se contrapone al reclamo norteamericano de compensaciones a las empresas de ese país nacionalizadas en 1961, las cuales, por

cierto, Cuba nunca se ha negado a pagar, aunque estaría en discusión el volumen y las condiciones de esos pagos.

En el ínterin, Raúl Castro mencionó otros pasos que el presidente Obama pudiera dar en virtud de sus facultades ejecutivas, como la posibilidad del otorgamiento de créditos; autorizar el uso del dólar en las transacciones económicas cubanas; permitir los viajes individuales de norteamericanos bajo la licencia de los contactos pueblo a pueblo; la posibilidad de utilizar la vía marítima para el traslado de los viajeros y eliminar las restricciones a terceros países para exportar a Cuba productos que tengan más de un 10% de componentes norteamericanos o exportar a Estados Unidos productos que contengan materias primas cubanas.

El presidente cubano dejó claro que ninguno de estos reclamos será negociado a partir de exigencias norteamericanas, que impliquen una injerencia en los asuntos internos del país, la renuncia a los principios que rigen la política nacional o limiten los derechos soberanos de Cuba.

También afirmó que a Cuba le importa que este proceso continúe transcurriendo sobre bases de respeto mutuo e igualdad soberana y en realidad no ayuda a la credibilidad de Estados Unidos que los gobernantes de ese país, incluyendo al propio Obama, reafirmen sus intenciones de provocar un cambio de régimen en Cuba y hablen apócrifamente en nombre del pueblo cubano, cuestionando la legitimidad de las propias autoridades con las que se está negociando.

Raúl Castro transmitió a los gobernantes latinoamericanos y caribeños el agradecimiento de Cuba por la solidaridad demostrada y evaluó lo alcanzado como una reivindicación de Nuestra América. Quizás por gentileza hacia los propios

gobernantes norteamericanos, no dijo algo que también con certeza podía haber afirmado:

Cualquiera sea el rumbo que tomen las cosas en el futuro, estamos en presencia de la primera gran victoria diplomática de la integración latinoamericana y caribeña frente a la política de Estados Unidos.

El camino de las relaciones entre Cuba y Estados Unidos¹¹

El pasado 27 de febrero se celebró en Washington la segunda ronda de conversaciones entre los gobiernos de Cuba y Estados Unidos. Mucho ha comentado la prensa sobre esta reunión, por lo que me parece más importante analizar cómo encaja este paso en el camino de lo que se ha dado en llamar la «normalización» de las relaciones entre los dos países.

Como ya dije en un comentario publicado por *Progreso Semanal* recién concluido el encuentro, desde mi punto de vista, cualitativamente lo más importante de lo ocurrido a partir del 17 de diciembre, es que dos países prácticamente incapacitados para comunicarse entre sí por más de medio siglo, adoptaron el método de la negociación para la solución de sus conflictos. Con esta decisión no se acaban, pero tienden a disminuir, y es posible resolverlos —o al menos tratarlos— de manera civilizada, dentro de las normas establecidas por el orden jurídico internacional.

Desde hace años, yo diría desde el triunfo mismo de la Revolución, la única exigencia cubana ha sido negociar con Estados Unidos en condiciones de igualdad y respeto mutuo, lo que evidentemente ha logrado. No creo que la negociación sea una ciencia, como afirman algunos especialistas, pero importa la profesionalidad y las características de los involucrados. Los

¹¹ Publicado en *Progreso Semanal* el 4 de marzo de 2015.

mejores negociadores son aquellos capaces de moverse dentro de los límites que les impone la agenda de sus gobiernos y actúan con la gentileza necesaria para que el estilo no sea lo que determine el resultado. La flexibilidad ha sido la tónica de estos encuentros, lo que demuestra que los dogmáticos nunca pueden ser buenos negociadores.

En la fase en que se encuentra el proceso, los temas más problemáticos son la eliminación de Cuba de la lista de países promotores del terrorismo y las reglas que deben regir la actuación de los diplomáticos norteamericanos en Cuba, una vez que se abran las embajadas.

En verdad, si miramos el conjunto de restricciones que impone el bloqueo a Cuba —en Estados Unidos le dicen «embargo», pero significa otra cosa—, estas superan las establecidas por el gobierno estadounidense para aquellos países incluidos en la lista de promotores del terrorismo. Sin embargo, a Cuba le importa ser eliminada de esa lista. En primer lugar, por constituir un acto de «justicia», como dijo Josefina Vidal, jefa de la delegación cubana, y ello encaja en el respeto que se solicita. Pero también porque aparecer en esa lista vulnera las garantías que debe ofrecer Estados Unidos a un país con el que se propone mantener relaciones normales.

El gobierno de Estados Unidos ha dado señales de que eliminará a Cuba de la lista y lo extraño es que no lo haya hecho antes, colocándose en la situación de estar negociando con un país que cataloga de terrorista, lo que debilita su posición frente a sus opositores internos. No obstante, insiste en que se trata de un asunto doméstico, ajeno a las negociaciones, por lo que no puede constituir una precondición cubana para los acuerdos.

Cuba acepta esta interpretación, pero insiste en que permanecer en la lista no contribuye al clima que debe prevalecer en

las negociaciones: la precondition es el respeto, no la lista en sí misma. Por otro lado, a Cuba le conviene establecer el principio que los asuntos de carácter interno no formen parte de la agenda de negociaciones, como pretende Estados Unidos en otros campos.

En definitiva, este es un asunto que debe resolverse en breve, sobre todo porque, como dijo Roberta Jacobson, jefa de la delegación norteamericana, Estados Unidos espera tener resuelto el tema del restablecimiento de las relaciones diplomáticas con Cuba, antes de la próxima Cumbre de las Américas, a celebrarse en abril en Panamá. Las razones tienen que ver con su estrategia hacia América Latina, pero ese es un asunto que escapa a los propósitos de este trabajo y lo podremos tratar más adelante.

El otro tema en disputa, las normas que deben regir el trabajo de los diplomáticos estadounidenses en Cuba, es más abarcador de lo que parece. En la Estrategia de Seguridad Nacional, publicada recientemente por el gobierno norteamericano, se reafirma el supuesto derecho de Estados Unidos a intervenir en los asuntos internos de otros países, con vista a «promover la democracia» en los mismos.

A veces resulta difícil convencer al pueblo norteamericano, incluso a algunos de sus diplomáticos, que su país no tiene derecho a ello y que tal propósito no está animado por las nobles intenciones que proclama. No conozco un solo caso de un país del Tercer Mundo, donde la intervención norteamericana haya conducido al pleno ejercicio de la democracia, la justicia y la felicidad de sus pueblos. Sobran los ejemplos, incluso muy recientes, que demuestran esta afirmación.

En realidad se trata de una política –antes encubierta, porque no tiene justificación legal– que Estados Unidos ha pretendido legitimar desde la década de 1980, con la creación de la

National Endowment for Democracy (NED), la actividad de la United States Agency for International Development (USAID) y otros mecanismos que actúan abiertamente en casi todo el mundo y son objeto de disputas con muchos países.

En el caso de Cuba, esto se traduce en programas específicos destinados al «cambio de régimen», un eufemismo para no decir el derrocamiento del gobierno cubano, muchos de los cuales aún están amparados por el Plan Bush, un engendro de la extrema derecha, que se contradice en cuerpo y alma con la nueva política preconizada por el presidente Obama y que incluso actúa en su contra. Dentro de este esquema, la Sección de Intereses de Estados Unidos en Cuba ha actuado más como un centro conspirador que como una representación diplomática y eso es lo que preocupa al gobierno cubano.

Según Estados Unidos, de lo que se trata es de brindar seguridades a los diplomáticos norteamericanos para relacionarse libremente con la sociedad cubana, pero el problema no está en relacionarse, sino cómo y para qué. Todo el mundo sabe que una de las funciones de cualquier embajada es influir en la sociedad receptora en función de sus intereses nacionales, pero existen normas internacionales que establecen los límites de estos intereses y la forma de promoverlos, en correspondencia con el respeto a la soberanía de los estados.

La Convención de Viena y la Carta de las Naciones Unidas instituyen estas reglas y seguramente se restablecerán las relaciones diplomáticas bajo los principios de estas normas. Sin embargo, su cumplimiento será con seguridad una fuente más de conflictos entre los dos países en el futuro predecible.

Nadie puede esperar que estemos en presencia de la consumación de un matrimonio entre Cuba y Estados Unidos. Más bien, estamos viendo los arreglos de un divorcio cuyas causas

se remontan al siglo XIX y se decidió de la manera más irreconciliable en 1959.

Es de esperar entonces que no medie el cariño y la confianza, ni sean olvidados los viejos agravios, sobre todo por Cuba, que ha sido la más perjudicada en esta relación, pero al menos las partes han decidido hablar y no tirarse los platos a la cabeza.

Los misterios de la política de Obama hacia Venezuela¹²

Mucho desconcierto ha creado la decisión del gobierno norteamericano de declarar a Venezuela «una amenaza extraordinaria a la seguridad nacional de Estados Unidos» e imponer sanciones a varios funcionarios de ese país, cuando, al mismo tiempo, hace ingentes esfuerzos por restablecer relaciones diplomáticas con Cuba, su adversario histórico en la región.

Tal parecía que uno de los objetivos de la política de Estados Unidos hacia Cuba era salvar la Cumbre de las Américas, a celebrarse en Panamá en abril próximo, amenazada por el rechazo unánime de los países de la región a la exclusión de la Isla. Salvado este obstáculo, quizás Obama aspiraba a pavonearse por el salón de conferencias, sin que algunos reproches impidiesen mejorar una imagen muy necesitada de la reparación que la nueva política hacia Cuba le estaba propiciando.

Sin embargo, todo se vino abajo cuando Estados Unidos lanzó la «bomba» de la supuesta amenaza venezolana y parece que nadie es capaz de explicar a ciencia cierta las razones. Ni siquiera el propio gobierno norteamericano, que se ha limitado a decir que se trata de una «formalidad legal» para destacar sus preocupaciones respecto a la situación interna de ese país. Según ellos, no vale la pena «exagerar», ya que otros 30 países se encuentran en igual situación.

¹² Publicado en *Progreso Semanal* el 19 de marzo de 2015.

Resulta difícil para cualquier país latinoamericano y caribeño aceptar los términos injerencistas de la declaración estadounidense contra Venezuela. Así ya se han expresado la mayoría de los gobiernos y movimientos políticos de la región. Incluso los más «tibios» han optado por callarse, pero nadie se ha atrevido a apoyarla.

Instituciones regionales como UNASUR, ALBA y CARICOM han expresado su condena a la «orden ejecutiva» del presidente Obama y realizado propuestas para la convocatoria a un diálogo entre las partes. Una solución que Venezuela acepta como buena, pero sobre la cual Estados Unidos no se ha manifestado.

Ni siquiera buena parte de la derecha venezolana ha podido apoyar esta declaración y las sanciones correspondientes. Hasta se quejan de que, por su culpa, se han abortado planes que requerían más discreción de Estados Unidos, contribuyendo a fortalecer la credibilidad del gobierno venezolano ante su pueblo y el resto del mundo.

Hacia lo interno de la sociedad norteamericana, la inmensa mayoría de la prensa, varios tanques pensantes y especialistas en América Latina han considerado, cuando menos, «contraproducente» esta orden ejecutiva del presidente. Si lo que Obama quiso fue mostrar fortaleza frente a sus enemigos políticos, el resultado fue, por el contrario, sacar a flote las inconsistencias que han caracterizado su mandato. La verdad es que ni siquiera la nueva política hacia Cuba necesita intentar esa defensa.

Un resultado seguro es que, cualquiera sea la pretensión del gobierno de Estados Unidos, la agenda de la próxima Cumbre de las Américas ya está escrita y los principales puntos a debatir serán el fin de la amenaza a Venezuela y el levantamiento del bloqueo a Cuba.

Incluso, suponiendo que algunos países se distancien de la mayoría debido a la presión estadounidense, Estados Unidos corre el peligro de que la crisis se extienda al ya cuestionado funcionamiento de la OEA, poniendo en riesgo la existencia misma del sistema panamericano.

Por todas las vías a su alcance, Cuba ha dejado clara su solidaridad con Venezuela, así como su voluntad de no dejarse «seducir o comprar» por Estados Unidos, ni abandonar a sus aliados. Tal posición pone en dudas la posibilidad de restablecer relaciones diplomáticas con Estados Unidos antes de la Cumbre, como aspira el gobierno norteamericano, y compromete al menos el ritmo del proceso negociador en el que Obama ha invertido tanto capital político y ganado un considerable respaldo interno e internacional.

La moraleja es que la implementación de la política norteamericana está condicionada por intereses tan diversos y contradictorios, que muchas veces resulta difícil comprender sus acciones. Esto explica que «políticas fallidas» para la nación, devengan negocios formidables para algunos consorcios; la existencia de un cuerpo político polarizado, cuando debiera ser homogéneo y que, constantemente, se evidencie el contrasentido de una política que tiende a dinamitar el propio orden internacional donde Estados Unidos es el poder dominante.

Desde mi punto de vista, estamos en presencia de un partido que Estados Unidos ha perdido por culpa de una mala jugada y al presidente norteamericano solo le queda comenzar otro nuevo, en la esperanza de que esta vez actúe con mejor tino. De todas formas, ya no podrá pavonearse en Panamá, donde más bien le espera el mal rato que se ha ganado.

¿Importan los cubanoamericanos?¹³

Una reciente encuesta de la firma Bendixen & Amanti International arroja que la mayoría en la comunidad cubanoamericana (51%) apoya la nueva política del presidente Barack Obama hacia Cuba.

En realidad, no se trata de un dato sorprendente, más bien confirma una tendencia que se viene manifestando desde hace años. La pregunta entonces es qué importancia tiene este resultado para el futuro desarrollo de las relaciones entre los dos países.

Aparte de otros componentes, la actitud de los cubanoamericanos respecto a la política hacia Cuba ha tenido un impacto simbólico en el resto de la sociedad norteamericana. Durante años, esta actitud fue utilizada como un argumento legitimador de las políticas más agresivas, hasta el punto que muchos, incluso en Cuba, llegaron a creerse el cuento que la política hacia la Isla la decidía la extrema derecha cubanoamericana en Miami.

Esta lógica determinó que aquellos sectores norteamericanos que proponían un cambio, igual buscaran aliados en la comunidad cubanoamericana, aumentando el peso específico de los cubanoamericanos también en esta corriente. Ello explica la aceptación con que fueron recibidos los llamados «moderados» en los últimos años y no es descartable que su actividad haya

¹³ Publicado en *Progreso Semanal* el 11 de abril de 2015.

influido en las decisiones finalmente adoptadas por el presidente.

Sin embargo, este cuadro ha cambiado significativamente una vez que estas decisiones han sido tomadas. La extrema derecha cubanoamericana ha demostrado escasa capacidad para articular un frente común, incluso entre los republicanos, para revertir la política de Obama y los moderados han perdido la relevancia que tuvieron cuando era necesario facilitar el consenso para el cambio.

Las principales negociaciones entre los dos países se llevan a cabo por representantes de los dos gobiernos y otros sectores de poder, dígame congresistas o grandes empresarios, tampoco requieren de intermediarios para vincularse con sus contrapartes cubanas.

En resumen, los grupos políticos cubanoamericanos, cualquiera sea la corriente de pensamiento que representen, han perdido protagonismo en el diseño e implementación de la política hacia Cuba, lo que no quiere decir que la comunidad cubanoamericana quede descartada en la ecuación de las relaciones entre Cuba y Estados Unidos.

Para los cubanoamericanos, la política hacia Cuba siempre ha tenido un peso importante en la inclinación de su voto. Lo novedoso de la situación actual, apreciable desde 2008, es que en el cálculo costo-beneficio que rige las contiendas electorales norteamericanas, apoyar medidas que mejoren las relaciones entre los dos países ha dejado de ser una pérdida neta, como ocurría en el pasado. Tanto es así, que podría afirmarse que este cambio fue uno de los factores que impulsó al presidente a tomar las decisiones anunciadas el pasado 17 de diciembre.

Puede argumentarse que tal afirmación es exagerada, si tomamos en cuenta que el voto cubanoamericano no es decisivo

ni siquiera en el sur de la Florida, mucho menos a escala nacional. Sin embargo, importa como cualquier otro segmento electoral, en uno de los estados más importantes del país, donde las elecciones son siempre muy reñidas. También importa por el efecto simbólico antes mencionado.

Como la agenda de la extrema derecha se basa en la beligerancia contra Cuba, el apoyo mayoritario de los cubanoamericanos al mejoramiento de las relaciones también puede traducirse en cambios relevantes en el equilibrio político local, con implicaciones para la estructura de poder que históricamente ha predominado en esta comunidad.

Más importante aún, el resultado de esta y otras encuestas, anuncia la emergencia de un entorno más conveniente para el desarrollo de las relaciones entre los dos países, lo que implica que, tanto el estado de la Florida en general, como la comunidad cubanoamericana en particular, puedan aprovechar las oportunidades que se desprenden de la nueva coyuntura.

Aunque no han estado completamente enajenados del proceso y la propia lógica del mercado tiende a sumarlos progresivamente, solo las presiones de la extrema derecha cubanoamericana explica el limitado protagonismo que han tenido los sectores económicos floridanos en los cambios de la política hacia Cuba, dado que ningún otro estado resultará, a la larga, más beneficiado con la apertura del mercado cubano en Estados Unidos.

En el caso de la comunidad cubanoamericana, tal obstáculo resulta aun más contraproducente, porque se interpone con el progreso lógico de interacción económica entre ambas sociedades.

Algunos especialistas calculan que la mitad del dinero que llega a Cuba por medio de las remesas —unos 2 000 millones,

según dice la mayoría— se invierte en capital de trabajo para los pequeños negocios que se desarrollan en el país.

Ninguna ley cubana prohíbe que este capital crezca y se invierta en otros renglones, pero su plena materialización tendrá que salvar la desconfianza histórica generada por las acciones de la extrema derecha cubanoamericana contra el país, así como el de otras corrientes que ahora abogan por cambiar los métodos, pero no los objetivos de «cambio de régimen» que animan la política norteamericana hacia Cuba.

De resultas, importa mucho que la mayoría de los cubanoamericanos apoyen el mejoramiento de las relaciones y que este apoyo se traduzca en la defensa de un clima de verdadera convivencia y respeto mutuo entre los dos países. En definitiva esto es lo que conviene a todos, excepto a los que ya no son mayoría y cada día serán menos.

La Cumbre de las dos Américas¹⁴

Obama fue a Panamá a salvar el sistema panamericano, amenazado por la exclusión de Cuba. Era una exigencia unánime de los países latinoamericanos y caribeños en solidaridad con uno de los suyos que, por demás, tenía el valor simbólico de establecer la independencia alcanzada respecto a Estados Unidos.

Tal dilema fue uno de los factores que catalizó la decisión norteamericana de comenzar un proceso para «normalizar» las relaciones con Cuba y así favorecer el clima en que debía desenvolverse su participación en la VII Cumbre de las Américas.

La presencia de Cuba fue considerada por la mayoría de los participantes, incluso el propio Obama, como el inicio de una nueva etapa en las relaciones hemisféricas y sus negociaciones con Estados Unidos devinieron un acontecimiento histórico, cuando, por primera vez desde el triunfo de la Revolución Cubana en 1959, se reunieron sus respectivos presidentes, en un ambiente «respetuoso, constructivo y productivo», según lo definió el canciller cubano Bruno Rodríguez.

Sin embargo, no fue posible concretar el restablecimiento de relaciones diplomáticas y la apertura de embajadas, como esperaba Estados Unidos, debido, sobre todo, a los nubarrones que se cernieron sobre el foro, como resultado del nefasto decreto presidencial que declara a Venezuela una amenaza para

¹⁴ Publicado en *Progreso Semanal* el 15 de abril de 2015.

la seguridad nacional de Estados Unidos y establece sanciones para algunos de sus funcionarios.

No importa que el gobierno norteamericano se cansara en afirmar que solo se trataba de un formalismo legal, para aplicar sanciones contra personas que Estados Unidos consideraba violadores de los derechos humanos en Venezuela. Tal disposición fue interpretada como una nueva muestra de la injerencia norteamericana en los asuntos internos de los países latinoamericanos y caribeños, reviviendo las reservas que habían originado la exigencia de la inclusión de Cuba en la Cumbre, esta vez expresadas con un apoyo prácticamente unánime a Venezuela.

Tal metedura de pata no la pudo enmendar ni el experimentado diplomático Thomas Shannon, cuando visitó recientemente Venezuela para reunirse con el presidente Nicolás Maduro, ni la declaración de Obama antes de viajar a Panamá, diciendo lo contrario de lo que había afirmado en su decreto, o sea, que Venezuela no era una amenaza para la seguridad nacional de Estados Unidos. Finalmente, el control de daños, incluyó una reunión «casual» de Obama con Maduro, aunque aún nadie sabe cuáles serán las consecuencias concretas de este acontecimiento.

Según el presidente ecuatoriano Rafael Correa, el nicaragüense Daniel Ortega, muy experimentado en estas lides, advirtió a Maduro que el famoso decreto era solo la punta del *iceberg* de un plan subversivo mucho más ambicioso. Ya sea esto cierto o el resultado de un error de cálculo de algún asesor «experto» en América Latina, la realidad es que los efectos que se buscaban con el decreto se diluyeron finalmente en Panamá y que el gobierno de Maduro salió fortalecido del lance, incluso, hacia lo interno de la sociedad venezolana.

Vale decir que, al margen de los encontronazos, los presidentes latinoamericanos y caribeños fueron en general amables con Obama, tratando de separar su figura de las críticas a la política exterior norteamericana.

El presidente Raúl Castro dijo que no era culpable de la historia de agresiones de Estados Unidos contra Cuba y que lo consideraba «un hombre honesto», a quien había que ayudar en su lucha interna contra el bloqueo. Maduro, por su parte, le tendió la mano, a pesar de que, dijo, había amenazado a su patria y no le tenía confianza a la política estadounidense.

También Obama habló casi a título personal, como si sus ideas fueran por un lado y la política de su país por otro, lo que refleja la polarización existente en el cuerpo político estadounidense.

Presentó un hipotético proyecto de las relaciones hemisféricas de cara al futuro y trató de resguardarse de las críticas afirmando que, con la nueva política hacia Cuba, había cumplido con el compromiso contraído hace seis años en Puerto España, Trinidad y Tobago, donde prometió un «nuevo comienzo» en las relaciones de su país con la región.

Sin embargo, muchos de los presidentes del hemisferio no lo entendieron de esa manera y le recordaron tantas cosas, que Obama terminó por renegar de la historia que le contaban y se marchó desilusionado e indignado del recinto, para reaparecer, con cara de pocos amigos, en el momento de la foto colectiva.

Si algo dejó claro la VII Cumbre de las Américas, fueron las diferencias de Estados Unidos con América Latina y el Caribe, así como la inadecuación de la política norteamericana para enfrentarlas, a pesar de que algunos consideran que está planteada una readecuación, a la luz de los problemas económicos que enfrenta la región y la eventual capacidad dinamizadora de

la hegemonía norteamericana, como resultado del relativo mejoramiento de la economía de ese país. Al menos esto no fue lo que se logró en la reunión previa de Obama con el CARICOM, donde se pretendía distanciarlos de PETROCARIBE, y mucho menos en la Cumbre.

Lo que sí resultó en entredicho fue la capacidad del sistema panamericano para aunar los intereses continentales. Hasta el punto, que la Cumbre otra vez fue incapaz de adoptar una resolución final, debido a la falta de consenso con Estados Unidos y Canadá.

Varias delegaciones reclamaron la necesidad de reformar este sistema y se cuestionaron el papel de la OEA, tal y como está concebido actualmente. Incluso Rafael Correa propuso que la CELAC debía actuar como un bloque dentro de esta organización y que la OEA sirviera solo para dilucidar las diferencias de Nuestra América, como la definió José Martí, con la otra América, representada por los países anglosajones del Norte.

Quizás sea difícil que esto se concrete a corto plazo, pero Correa tiene razón cuando afirma que la historia, la cultura y los intereses nacionales nos separan, reafirmando la necesidad de la integración latinoamericana y caribeña, lo que no quiere decir que sea imposible el diálogo y la consecución de acuerdos convenientes para ambas partes; lo que sí sería un cambio relevante de la política norteamericana hacia la región.

Nada mejor que el caso de Cuba para demostrar que puede haber «acuerdo en que existen desacuerdos», como dijo el presidente Raúl Castro, y sin embargo establecer una convivencia civilizada, donde puede discutirse cualquier tema, por espinoso que sea, y establecer mecanismos de cooperación en asuntos de mutuo interés.

Ojalá que Estados Unidos comprenda que está en presencia de un mundo que ha cambiado y adecue su política a esta realidad. Lo contrario sería actuar como el alacrán que, por su propia naturaleza, prefiere ahogarse agujijoneando a la rana que lo ayuda a cruzar el río.

La sociedad civil cubana¹⁵

Alrededor de la Cumbre de las Américas en Panamá se destapó, una vez más, el debate sobre la llamada «sociedad civil cubana» y la legitimidad de sus representantes.

Desde la teoría es una discusión complicada, porque el concepto de sociedad civil ha sido interpretado de maneras muy diversas, a veces contradictorias, y manipulado extensamente a lo largo de la historia. Si fuéramos a simplificarlo, diríamos que, más allá de las complejas aproximaciones filosóficas que tratan de explicarlo, es un concepto que intenta abordar la relación de las personas con el poder político y en ello radica su esencia.

En la actualidad, se aprecian dos perspectivas diferentes a la hora de tratar el término: aquella que concibe a la sociedad dividida en estancos, dígase la sociedad política (el Estado), la sociedad económica (el mercado) y la sociedad civil (los individuos organizados en la familia, la religión y otros muchos intereses personales) y otra, que mira a la sociedad como un todo orgánico, donde estos elementos se combinan para establecer un modo de organización social específico, según la época y el lugar concreto en que se analiza.

Para Aristóteles era el espacio donde se realizaba la condición de «ciudadano» en las polis, por lo que los conceptos de sociedad civil y sociedad política se equiparaban. Los primeros pensadores liberales (capitalistas), sin embargo, establecieron

¹⁵ Publicado en *Progreso Semanal* el 23 de abril de 2015.

una distinción entre ambas, ya que era la manera de reconocer la existencia de una sociedad burguesa organizada frente al poder absoluto del Estado feudal. No obstante, esta interpretación cambió cuando se consolidaron los estados burgueses entre los siglos XVII y XVIII y la sociedad civil devino el espacio de legitimidad de sus contrarios (los obreros y otras clases explotadas).

Marx defiende una relación dialéctica entre ambas categorías y ubica a la sociedad civil también en el ámbito de la economía, para resaltar las contradicciones presentes en toda «formación económico social» caracterizada por la lucha de clases, donde el Estado era un «producto» de este balance y es concebido no solo como el «administrador de los bienes sociales» (el gobierno), sino como el depositario del poder político de la clase dominante.

Tal conceptualización marxista fue deformada por una interpretación determinista del llamado «marxismo vulgar», que simplificaba las complejidades del proceso, al afirmar que, como «la base económica determinaba la superestructura política», bastaba transformar el régimen de propiedad para cambiar automáticamente el sistema.

De resultas, por razones distintas, tanto los marxistas vulgares como los liberales prácticamente desecharon el concepto de sociedad civil, a pesar de que Antonio Gramsci, en los años veinte del pasado siglo, desarrolló la teoría marxista de la sociedad civil desde un punto de vista metódico, para ubicarlo dentro de lo que llamó el «bloque histórico» y resaltar el papel de la cultura, la ética y la ideología en las luchas hegemónicas y contrahegemónicas, que han caracterizado la vida política contemporánea.

Paradójicamente, la teoría gramsciana sobre el papel de la sociedad civil en los procesos políticos fue manipulada por los neoliberales a finales del siglo pasado, tanto para explicar el descalabro del campo socialista en Europa del Este —convirtiendo a Gramsci en antisocialista—, como para debilitar la función social de los estados nacionales y concebir a los individuos como «entes autónomos», cuya libertad se concretaba en el mercado.

Por su parte, los movimientos sociales progresistas, desencantados del marxismo vulgar, reivindicaron la existencia de una sociedad civil organizada, frente al desmantelamiento de las instituciones populares tradicionales que trajo consigo la ofensiva neoliberal y encaminaron sus luchas políticas a partir de esta lógica, hasta transformar en varios casos la propia naturaleza de los gobiernos de sus países, especialmente en América Latina.

La asimilación del concepto de «sociedad civil», de una u otra manera, no resulta, por tanto, una opción ingenua, sino que define ideologías y objetivos políticos diametralmente opuestos, con un impacto práctico en el quehacer político concreto.

Estados Unidos, a tono con el proyecto ideológico neoliberal, ha intentado equiparar el concepto de sociedad civil con el *american way of life* y otorgarle «valores universales» vinculados a la «democracia», para justificar así su intervención en los asuntos internos de otros países, ya sea por inspiración divina o bajo la excusa de la consecución de un «bien común». De esto, en definitiva, es de lo que se trata cuando hablamos de la «legitimidad» de la sociedad civil cubana.

A partir de 1959 la sociedad cubana se organizó en función de la defensa de la Revolución frente a las agresiones de Estados Unidos. Tal estructuración de las masas populares fue un

aporte cubano al movimiento revolucionario internacional y un factor indispensable para explicar su capacidad de resistencia a lo largo de medio siglo.

Si aceptamos que la sociedad civil explica la relación de los individuos con el poder político, es difícil negar que las milicias nacionales revolucionarias, el ejército de alfabetizadores de 1961 o la organización de los Comités de Defensa de la Revolución, no han sido formas de organización de la sociedad civil cubana, para señalar solo algunos ejemplos.

Está claro que se estructuró en simbiosis con el Estado revolucionario, concebido no como un poder autónomo del resto de la sociedad, sino como el depositario del poder popular. Coincidió con Jorge Gómez Barata, cuando afirma que no tiene sentido entonces presentar a estas organizaciones como «independientes» del Estado cubano, con tal de «legitimarlas», según los patrones occidentales (dígase norteamericano) del concepto de sociedad civil.

La legitimidad le viene dada por representar a la mayoría de la sociedad cubana, en las condiciones específicas en que ha tenido que desenvolverse el proceso revolucionario, lo que no quiere decir que esta organización de la sociedad civil cubana no requiera de transformaciones importantes para superar deformaciones conceptuales y burocráticas, adecuarse a las nuevas realidades que vive el país, así como a las exigencias que impone la construcción de nuevos consensos, como resultado de sus propias transformaciones.

De hecho, tales cuestiones forman parte de un debate nacional muy extendido en la sociedad cubana, que incluye a las organizaciones revolucionarias, incluso hacia lo interno del propio Partido Comunista. Se trata de un proceso que en ocasiones ha abarcado a toda la población, mediante consultas populares

que no excluyen a nadie, aunque es cierto que requiere de formas más efectivas de participación, así como una mejor difusión por los órganos de prensa estatales.

No obstante, este debate encuentra un espacio cada vez más importante en los medios alternativos de información y avanza en relación directa con la ampliación del acceso a estas tecnologías, un proceso que el propio gobierno ha situado entre sus prioridades. Si alguien se ha beneficiado con esta apertura han sido los llamados «grupos disidentes», los cuales, gracias al apoyo norteamericano, han alcanzado una repercusión internacional que no se corresponde con su influencia real en el país y aparecen ante el mundo como los «representantes», digamos los únicos, de la sociedad civil cubana.

Igual que, por definición, defiende que las organizaciones revolucionarias forman parte de la sociedad civil cubana, no puedo decir que los opositores no lo son. No obstante, vale la pena resaltar dos condiciones que las diferencian:

En primer lugar, en Miami no tiene expresión la sociedad civil cubana, allí estamos hablando de la sociedad civil norteamericana.

En segundo lugar, no se trata de «organizaciones independientes del Estado», como afirma la propaganda de los monopolios mediáticos, podrán serlo del Estado cubano, pero no del Estado norteamericano que públicamente —para no recordar que también en secreto— los dirige y financia desde hace medio siglo.

Estados Unidos plantea que su objetivo es «empoderar» a esta, y no otra, «sociedad civil cubana» para enfrentarla al Estado, lo que, más allá de artilugios lingüísticos, se resume en fortalecer a la oposición política interna. El asunto, por tanto, no

es de «legitimidad» conceptual ni de «democracia», sino de la defensa de la soberanía nacional.

No existe ninguna contradicción en que los presidentes Raúl Castro y Barack Obama puedan reunirse y negociar asuntos de mutuo interés, en un ambiente de respeto e igualdad, como corresponde a estados soberanos, y que, al mismo tiempo, se descalifique la participación de estos grupos en el diálogo nacional cubano, toda vez que precisamente constituyen un ejemplo de la injerencia que se quiere evitar.

Cuba y Estados Unidos: «los temas delicados» que faltan por resolver¹⁶

La última ronda de negociaciones entre Cuba y Estados Unidos, desarrollada los días 21 y 22 de mayo, no concluyó con un acuerdo para el restablecimiento de relaciones diplomáticas entre los dos países.

Según declaraciones de ambas delegaciones, aunque se ha avanzado en este propósito y de hecho han sido eliminados dos de los principales obstáculos que antes lo impedían, dígame la eliminación de Cuba de la lista de países patrocinadores del terrorismo y la apertura de una cuenta bancaria para que opere la misión de Cuba en Estados Unidos, aún queda por resolver lo que Roberta Jacobson, jefe de la delegación norteamericana, denominó «temas delicados», respecto al futuro funcionamiento de las embajadas.

Para Cuba, tal y como ha declarado el presidente Raúl Castro, la preocupación fundamental radica en que los diplomáticos norteamericanos continúen aprovechando esta condición, para realizar actividades consideradas subversivas e ilegales dentro del país.

Sin embargo, para Estados Unidos, intentar cambiar el régimen cubano o cualquier otro, ha terminado siendo un derecho supuestamente legítimo, que emana de su condición de «líder mundial», por lo que ni siquiera se esconde para proclamar

¹⁶ Publicado en *Progreso Semanal* el 22 de mayo de 2015.

esta intención, ya sea en los discursos de sus dirigentes o en los documentos doctrinales que rigen su política exterior.

La propia Jacobson reconoció, como la cosa más natural del mundo, que recién su gobierno había solicitado fondos al Congreso para continuar con los programas destinados a promover el cambio de régimen en Cuba. Ella dijo «ayudar al pueblo cubano», que «no es lo mismo pero es igual», al decir de Silvio Rodríguez.

Vale apuntar que, en un comentario dicho al vuelo, Jacobson también aclaró que estos «programas» podían variar según el momento y las condiciones específicas, infiriendo que algunos —pienso yo que los más claramente injerencistas— podrían ser eliminados. Lo que no sería una mala noticia para Cuba, pero sí para algunos que viven de estos fondos.

Desde mi punto de vista, el derecho a actuar de esta manera es lo que en esencia se discute cuando se habla del «funcionamiento de las embajadas» y la «delicadeza» del asunto estriba en que no se trata de un problema relacionado solo con Cuba, sino que está incorporado a la lógica hegemónica de Estados Unidos.

Este debate otorga entonces una importancia adicional al proceso de restablecimiento de relaciones entre los dos países, ya que podría establecer límites a esta concepción hegemónica y convertirse en un precedente para una mejor interpretación de las normas establecidas por la Convención de Viena, supuestamente el marco legal aceptado por ambas partes.

Por otro lado, la manera en que se han conducido las negociaciones constituye un buen ejemplo de solución de conflictos, cuyo clima de igualdad y respeto mutuos, puede servir de pauta a Estados Unidos para enfrentar otras disputas, hasta

ahora casi siempre asumidas mediante la imposición y la violencia.

Si es así, estaría más que justificado afirmar que el restablecimiento de relaciones diplomáticas con Cuba, al que parece se llegará más temprano que tarde, constituirá el principal legado del presidente Barack Obama a la política exterior norteamericana.

Cuba: una batalla inusual en Washington¹⁷

Debido a la polarización existente entre demócratas y republicanos, no deja de ser una rareza la reciente creación de la coalición bipartidista Engage Cuba, destinada a promover las relaciones con la Isla. Basta analizar su composición, para percatarnos de su singularidad.

Su presidente es James Williams, un joven consultor que fue asesor del secretario de Estado, John Kerry, así como jefe de la oficina en Washington de Trimpa Group, una organización demócrata con base en el estado de Colorado, especializada en la promoción de «políticas y estrategias progresistas», como ellos mismos se definen.

También de las filas demócratas proviene uno de los denominados «asesores principales», Lucas Albee, quien fuera jefe de la oficina de los senadores Mark Warner y Patrick Leahy, dos de los principales promotores de un cambio de la política hacia Cuba en ese órgano.

Con el mismo rango de asesor principal, a ellos se une Stephen Law, con vasta experiencia en las filas conservadoras republicanas. Fue subsecretario de Trabajo durante la administración de George W. Bush; ex jefe de la oficina del actual líder de la mayoría republicana en el Senado, Mitch McConnell; antiguo ejecutivo de la Cámara de Comercio de Estados Unidos y, nada menos, que actual presidente del Super PAC republicano

¹⁷ Publicado en *Progreso Semanal* el 23 de junio de 2015.

American Crossroads, fundado por Karl Rove, estrategia por excelencia de las campañas políticas que llevaron a Bush hijo a la presidencia y orientaron su gestión gubernamental.

Según publicó el *Wall Street Journal* el pasado mes de abril, Engage Cuba contará también con dos prominentes lobistas republicanos de la firma Fierce Government Relations. El antiguo ayudante de George W. Bush, Kirsten Chadwick, liderará el lobby en la Cámara de Representantes, mientras que Billy Piper, otro antiguo asesor del senador Mitch McConnell, hará algo similar en el Senado. La misma fuente plantea que Luis Miranda, asesor del presidente Obama, fue una de las personas que concibió la creación de Engage Cuba y ha contribuido a su materialización.

¿Qué explica esta extravagante alianza y cuáles son sus posibilidades de éxito?

No hay otra explicación que el interés por Cuba en un amplio espectro de los sectores económicos norteamericanos. Así se refleja en la propia composición de la coalición, donde aparecen algunos de los consorcios y asociaciones de negocios más importantes de Estados Unidos, abarcando ramas tan diversas como la agroalimentaria, la producción de maquinarias, las telecomunicaciones y el turismo.

En algunos casos, este interés se explica fácilmente por las oportunidades específicas que el mercado cubano pudiera brindar a algunas de estas empresas.

Según cálculos del propio Engage Cuba, eventualmente el mercado cubano pudiera ascender a 6 000 millones de dólares anuales, una cifra nada despreciable, que además aumentaría de manera significativa si continúa desarrollándose la industria turística, se autoriza el acceso de los productos cubanos al mercado norteamericano y si finalmente resulta posible explotar las

reservas petroleras, que todo indica existen en las aguas territoriales del país.

No obstante, por sí mismo, en términos comparativos, esto no convierte al mercado cubano en un gran negocio para las empresas norteamericanas. Desde mi punto de vista, su verdadera importancia radica en lo que Cuba puede aportar al mejor funcionamiento del mercado interno estadounidense y sus exportaciones hacia otros países. Tres razones determinan este potencial: la geografía, el capital humano, así como la estabilidad política y social de la nación.

La ubicación geográfica de Cuba ha sido históricamente mirada desde dos perspectivas contradictorias. Como una virtud que ha catapultado su importancia a escala internacional desde los tiempos de la colonia y como una desgracia que condicionó la dependencia a Estados Unidos. El llamado «destino manifiesto», que en muchos casos sirvió como argumento para la desmovilización de las luchas nacionales.

De cualquier forma, es un hecho que la cercanía a Estados Unidos inserta a Cuba en la lógica del comercio norteamericano más allá del interés bilateral. Ya sea para acceder de manera más eficiente a productos extranjeros, procesarlos y distribuirlos en el mercado nacional o proyectar sus exportaciones hacia el resto de América y Europa, la ubicación geográfica de Cuba adquiere una importancia estratégica para la economía norteamericana.

A esta lógica se suma el capital humano presente en Cuba. En pocos lugares las empresas norteamericanas pueden encontrar una fuerza de trabajo tan calificada. Ello implica que el interés fundamental no debe estar dirigido a reproducir las maquilas existentes en otras partes, sino a propiciar actividades productivas más complejas, que incluyen el uso de nuevas tec-

nologías, la producción de *softwares* y el desarrollo de investigaciones científicas, con la perspectiva de integrarlas a las cadenas de valor originadas por la llamada «revolución del conocimiento», que se lleva a cabo en ese país.

Para el buen desenvolvimiento de estos planes, resulta indispensable el clima de estabilidad social y política existente en Cuba. Por lo que no deja de resultar paradójico que la política oficial norteamericana oriente sus objetivos a cambiar el régimen que ofrece estas ventajas.

No es, sin embargo, una sorpresa. Estas contradicciones están presentes en otros muchos aspectos de la política exterior de Estados Unidos —hasta el punto de que en ocasiones resulta difícil identificar el verdadero «interés nacional» de ese país—; la política cubana también tendrá que lidiar con esta realidad, para determinar sus acciones.

Sin embargo, de nada sirven estas consideraciones estratégicas, bajo las normas impuestas por el bloqueo económico. Ello explica el surgimiento de emprendimientos como Engage Cuba y la urgencia de importantes sectores económicos norteamericanos por dismantelar los remanentes de la política existente contra Cuba.

Sus posibilidades de éxito radican en que su empeño responde a factores objetivos, relacionados con los propios intereses norteamericanos, lo que, a la vez, saca a flote el desfase histórico de sus opositores y la consiguiente falta de popularidad de sus posiciones.

Para Cuba, también se trata de un proceso que rebasa la dimensión de su economía nacional y las relaciones bilaterales con Estados Unidos, en tanto la coloca en el foco de interés de otros países respecto al acceso al mercado norteamericano, potenciando su importancia a escala internacional.

También reaparece el peligro de la dependencia, adquiriendo renovada vigencia el viejo dilema sobre las ventajas y desventajas que implican las relaciones económicas con Estados Unidos. Ello determinará que el ejercicio de la política nacional a escala doméstica y mundial, transite por las complejas condiciones que impone la «normalización» de relaciones con ese país.

La reapertura de las embajadas después de medio siglo¹⁸

A primera vista, parece sorprendente que el restablecimiento de relaciones diplomáticas entre Cuba y Estados Unidos haya demorado casi 55 años.

Los jóvenes que vimos arrear las banderas en La Habana y Washington, nos hemos convertido en testigos excepcionales del pasado. Muchas cosas han cambiado en este tiempo, tantas, que sería imposible describirlas.

Sin embargo, la clave para comprender el fenómeno, sigue siendo una historia compartida que se remonta al origen de las dos naciones. Para bien y para mal, Cuba nunca ha sido indiferente a Estados Unidos, y ha generado pasiones —también buenas y malas— poco comunes en su relación con otros países.

La Revolución Cubana transformó la visión de lo que se suponía fuese la Cuba que querían los norteamericanos, para convertirse en lo que más odiaban: «un país comunista». La llegada masiva de inmigrantes cubanos, «huyendo de aquel régimen de terror», completó una imagen satanizada, que alcanzó una dimensión concreta en la vida política doméstica del país, mediante el llamado lobby de la extrema derecha cubanoamericana.

También la Revolución alteró premisas doctrinales y prácticas de la política exterior norteamericana. Cuba fue la primera

¹⁸ Publicado en *Progreso Semanal* el 21 de julio de 2015.

neocolonia del mundo y el modelo lo inventó Estados Unidos. Su Revolución fue, para colmo, la primera antineocolonialista victoriosa de la historia y ocurrió precisamente cuando Estados Unidos expandía este modelo de dominación, como base de su hegemonía mundial.

Para Estados Unidos era importante acabar con la Revolución Cubana; no solo por Cuba, sino por la amenaza que significaba su ejemplo y su ejecutoria para el Tercer Mundo. Pensaron hacerlo rápido y utilizaron casi todos los medios a su alcance para lograrlo. No pudieron y ahí comenzó la cuenta regresiva hasta hoy.

Insertada en la Guerra Fría, cualquier solución al caso cubano pasaba por las visiones estratégicas del mundo bipolar. Varios presidentes lo intentaron: Kennedy, después de pasar el susto de una posible guerra nuclear; Nixon y Ford, en el marco de un acomodo con la URSS, aunque no muy seguros que Cuba entrara dentro del concepto de la «coexistencia pacífica», y Carter avanzó más que nadie, pero no pudo llegar al final del camino.

Se suponía que el fin de la Guerra Fría eliminaba los factores estratégicos que había justificado la intransigencia con Cuba, dígase la promoción de la revolución armada en el mundo y el balance con la Unión Soviética, pero el mundo unipolar tampoco aceptaba las disidencias y la Revolución Cubana, solo por existir, continuaba siendo una amenaza al orden internacional vigente.

¿Por qué es posible ahora lo que no pudo ser antes?

Porque el mundo ha cambiado y resulta evidente que no ha sido por culpa de Cuba. Estados Unidos tiene necesidades mucho más perentorias en su política exterior y, paradójica-

mente, más que un problema, Cuba ha devenido un factor que puede contribuir a encontrar algunas soluciones.

Lo dijo el secretario John Kerry el pasado 20 de julio, refiriéndose al papel positivo que Cuba puede jugar en las relaciones de Estados Unidos con Venezuela y en la solución del conflicto armado en Colombia. En cualquier caso, la nueva política hacia Cuba ha sido bienvenida en todo el mundo, especialmente en América Latina y el Caribe, y ello constituye un respiro para los conflictos que confronta Estados Unidos en el mundo.

También, porque el pueblo norteamericano ha visto demasiado para continuar tragándose el cuento de que Cuba es el infierno en la tierra. Aquí se justifica el axioma de que usted puede engañar a unos pocos todo el tiempo o a muchos, un tiempo, pero es imposible a todos durante todo el tiempo. No solo ha menguado significativamente la base social que servía de apoyo a la política contra Cuba, sobre todo en la comunidad cubanoamericana, sino que mejorar las relaciones con Cuba ha contribuido a aumentar la popularidad del presidente Obama en su propio país.

Por último, ha sido posible por la voluntad y la pericia de ambos gobiernos. Antes del 17 de diciembre del pasado año, ni los más optimistas auguraban ver tan pronto las banderas ondeando en las astas de las embajadas. Se ha negociado con objetividad y transparencia, cada cual ha sabido defender sus posiciones y convencer a la mayoría de sus pueblos, si alguien considera que esto es fácil, le recuerdo que ha demorado medio siglo.

Cuba y Estados Unidos bajo la sombra de sus banderas¹⁹

El pasado 14 de agosto la administración Obama tuvo lo que en términos periodísticos se denomina «una buena prensa».

Su política acaparó los titulares de los medios informativos del mundo y no fue para anunciar el exitoso bombardeo de sus drones en alguna parte, el enfrentamiento a un conflicto racial interno o nuevas medidas de la Reserva Federal, que recuerdan a todos que la crisis económica no termina, sino para izar su bandera con gracia y elegancia en un territorio considerado hostil por antonomasia, que ahora se presentaba hermoso, cálido y hospitalario.

Hasta la oposición republicana, presente en cada una de sus acciones, se vio en buena medida neutralizada por el simbolismo del acontecimiento y sus contradicciones respecto al tema cubano, por lo que solo algún que otro recalcitrante devino crítico de la iniciativa, con el resultado de demostrar el desfase histórico de sus posiciones.

El canciller John Kerry, a pesar de los años y el bastón que aún lo acompaña, se mostró dinámico y más efusivo que de costumbre, dejando una impresión de simpatía que contribuyó al éxito del evento. Su discurso fue tallado con minuciosidad para satisfacer los intereses de muchas audiencias, pero sobre todo estuvo dirigido al público norteamericano, a sabiendas que contribuía a fortalecer la imagen de su administración y su par-

¹⁹ Publicado en *Progreso Semanal* el 17 de agosto de 2015.

tido, en un momento que ya está en marcha una contienda electoral marcada por la polarización política del país.

Como era de esperar, no faltaron sus críticas al sistema político cubano, transmitidas en directo a toda la población por los órganos nacionales, y también las respuestas de la parte cubana, dejando claro que la importancia del momento no transforma la naturaleza de una relación cuyas contradicciones anteceden con mucho el triunfo de la Revolución Cubana.

No obstante, como me dijo un amigo, lo más relevante es que por primera vez, desde 1959, el gobierno de Estados Unidos se refirió explícitamente al «gobierno cubano» con el respeto que merece su legitimidad, reconociendo una condición de igualdad entre países, que ha estado presente en todo el proceso negociador y constituye una rareza en las relaciones de Estados Unidos con el resto del mundo.

El pueblo cubano percibió el acontecimiento con satisfacción pero sin euforia, consciente que el restablecimiento de relaciones diplomáticas con Estados Unidos es solo un primer paso en el largo y complejo proceso de «normalización» de los vínculos entre los dos países, tal y como enfatizaron ambas delegaciones, y abarca no solo asuntos bilaterales sino la proyección de políticas internacionales diametralmente opuestas, especialmente en el ámbito de América Latina y el Caribe.

En Cuba no se habla de «victoria» ni se han asumido poses triunfalistas, no solo por delicadezas diplomáticas, sino porque constituye una realidad que incluso en la eventualidad de que sean superados escollos como el bloqueo económico, por sí mismo, ello no resuelve los problemas del país.

De hecho, el resto del mundo no está bloqueado y eso no ha eliminado los problemas estructurales que determina el mercado mundial capitalista. En verdad, ni Estados Unidos,

como país, se salva de estos condicionamientos, lo que explica los problemas económicos, sociales y políticos que afectan a esa nación.

La importancia para Cuba de esta nueva etapa de las relaciones con Estados Unidos, radica en que la coloca en mejores condiciones para enfrentar los retos que implica esta realidad, pero el éxito depende de aprovechar sus potencialidades, especialmente el capital humano bien formado, y ser capaz de diseñar un modelo de desarrollo sustentable, inclusivo y soberano, que sostenga el respaldo mayoritario de la población, lo que implica importantes transformaciones económicas y políticas.

En esto consiste el debate ideológico actual en el seno de la sociedad cubana. A su favor cuenta con fortalezas cuya conservación y actualización serán determinantes para el futuro del país.

En primer lugar, una mentalidad colectivista que forma parte de la cultura nacional, basada en resultados sociales concretos que la inmensa mayoría de la población aspira a conservar, determinando el rechazo al neoliberalismo como modelo social, al margen de las influencias que llegan de todas partes y que ahora inevitablemente se incrementarán como resultado de las relaciones con Estados Unidos.

También un grado de independencia nacional que le asegura decidir por sí misma sus destinos. A diferencia de otros países, donde el objetivo de las luchas nacionales se centran en el desarrollo de esta confianza, el pueblo cubano se ha demostrado a sí mismo que es capaz de mantener y ejercer esta independencia, lo que explica la singularidad que han tenido las negociaciones con Estados Unidos y determina que ver ondeada la bandera norteamericana frente al Malecón habanero, signifique algo distinto a lo que representó en el pasado.

La madeja del bloqueo a Cuba²⁰

Un reciente artículo de Marcos Bronstein, publicado en *Progreso Semanal*, analiza las complicaciones legales y políticas que pueden rodear la aceptación por parte del Departamento del Tesoro de Estados Unidos del establecimiento de la empresa norteamericana CleBer LLC, en la Zona Especial de Desarrollo del Mariel en Cuba.

En verdad, más que respuestas a sus interesantes preguntas sobre las implicaciones de este proceso, tengo otras interrogantes, que pudieran ser infinitas, dada la compleja madeja de regulaciones que rigen el bloqueo económico, comercial y financiero de Estados Unidos contra Cuba.

La verdad es que durante más de 50 años, esta política ha aceptado cuanta iniciativa se le ha ocurrido a cualquier presidente, congresista, lobista o funcionario que haya querido apuntarse un tanto contra Cuba y ahora resulta que ni los interesados en cambiarla o los que están encargados de ello, saben en realidad cómo hacerlo.

Una de mis experiencias en los últimos meses, ha sido tratar de explicar a diversos grupos de norteamericanos que visitan el país, en qué consiste «la apertura de Obama» a las normas que rigen el bloqueo y lo extraordinario para ellos no es tanto lo que ahora se autoriza, sino lo que estaba prohibido y aún queda por destrabar.

²⁰ Publicado en *Progreso Semanal* el 13 de noviembre de 2015.

El bloqueo a Cuba ha sido una política «total», que no solo afecta las relaciones entre ambos estados y sus empresas, sino al ciudadano común de los dos países, para no hablar de sus implicaciones a terceros.

Ni siquiera los cubanos tenemos plena conciencia de lo que ha implicado el bloqueo para nuestra existencia cotidiana, tal parece que es como el clima, a lo que simplemente hemos tenido que adaptarnos, y ahora se nos anuncia un «cambio climático», que nadie sabe a ciencia cierta en qué consiste.

Mucho menos pueden entenderlo los norteamericanos. Cuestiones tan normales para ellos como poder viajar a Cuba, incluso bajo reglas que no se aplican a ningún otro país; importar 100 dólares en ron y tabaco; usar sus tarjetas de crédito —antes no podían pagar ni en efectivo— o la posibilidad de utilizar los servicios de *roaming* para hablar por teléfono, se han convertido en decisiones transcendentales, simplemente porque estaban prohibidas.

Pero estas elementales «flexibilizaciones» también tienen sus complicaciones. Para viajar a Cuba, hay que firmar una declaración jurada en la que cada cual asegura ser consciente de aplicar a las 12 categorías aprobadas; y en el caso de los viajes «pueblo a pueblo», la única categoría realmente beneficiaria a grandes sectores de la población solo aplica hacerlo en grupos porque individualmente puede entender como «turismo», lo que aún está prohibido por la ley de Estados Unidos

Más complicado aún es para las empresas norteamericanas: nadie sabe si las tarjetas de crédito pueden operar en dólares y los bancos se espantan ante la posibilidad de enormes multas si se equivocan. Los negocios para el uso del *roaming* y otros servicios telefónicos, deben hacerse en otras monedas y a través de entidades en terceros países, que usualmente tam-

bién temen la persecución de Estados Unidos. Efectivamente, las empresas agroalimentarias pueden vender sus productos a Cuba, pero bajo condiciones que obligan al pago adelantado, impiden el crédito y la transportación en barcos cubanos.

¿Qué decir entonces del proyecto de ensamblar los tractores «Oggún» por parte de la empresa CleBer en la Zona Especial de Desarrollo del Mariel?

Como dice Bronstein, constituye un dolor de cabeza su aprobación por parte del Departamento del Tesoro y aunque no implicaría un precedente legal, dado que se trataría de una licencia específica, compromete en muchos sentidos la política de Estados Unidos hacia Cuba. Él menciona varias de estas posibles implicaciones, a mí me gustaría referirme a otra, desde mi punto de vista de enorme trascendencia, porque cuestiona la esencia de la política del bloqueo.

Si Estados Unidos aprueba esta licencia específica, lo que se corresponde con el llamado del presidente Obama a los empresarios norteamericanos de avanzar en su política hacia Cuba, estaríamos en presencia de una empresa *offshore*, legalmente establecida en otro país. ¿Qué lógica le puede impedir entonces exportar sus productos a Estados Unidos?

Tengo la impresión de que, hasta ahora, la política de Obama hacia Cuba ha tratado de potenciar el impacto político de la decisión y, a la vez, moverse en aguas seguras que limiten las confrontaciones con sus opositores. De ahí el reclamo de que para avanzar «Cuba debe hacer algo», lo que se entiende por reformas de su sistema político, algo inaceptable para Cuba, y sobre todo, evitar que sus decisiones sean cuestionadas legalmente, lo que realmente podrían complicar el proceso.

Lo que sucede es que el bloqueo a Cuba es tan abarcador, que no admite esta táctica. Como vemos, las medidas más ele-

mentales siempre tienen ramificaciones que impiden las decisiones a medias. Kerry no tenía razón cuando afirmó en Cuba que el bloqueo era una ruta de dos vías. El gobierno cubano puede facilitar el clima de las negociaciones e incluso tomar medidas que faciliten el interés de los empresarios norteamericanos por invertir en el país, como ocurrió con la aprobación del establecimiento de la empresa CleBer en el Mariel, pero desenredar la madeja es un problema de Estados Unidos.

El significado de la visita de Barack Obama a Cuba²¹

En la medida en que se aproxima el momento, aumentan las expectativas por la próxima visita del presidente Barack Obama a Cuba.

Hasta ahora, las noticias se han centrado en las posibles actividades del presidente, el eventual anuncio de nuevas medidas para flexibilizar el bloqueo económico de Estados Unidos y las posiciones políticas de ambos gobiernos respecto al acontecimiento, emitidas ya sea por declaraciones de funcionarios o, en el caso cubano, mediante un editorial del periódico *Granma*, órgano oficial del Partido Comunista de Cuba.

Sin embargo, más allá de lo coyuntural o anecdótico, desde mi punto de vista, la importancia de esta visita radica en la posibilidad de establecer un precedente respecto a los patrones políticos de lo que constituye un momento único en la historia de las relaciones entre los dos países.

Como ha señalado la prensa, solo un presidente norteamericano en funciones, el republicano Calvin Coolidge, visitó de manera oficial a Cuba en 1928 y ni siquiera se trató de un acontecimiento caracterizado por el encuentro bilateral, sino que viajó para asistir a la Sexta Conferencia Panamericana a celebrarse en La Habana ese año.

Coolidge había sido invitado por el dictador Gerardo Machado, con el objetivo de que su presencia en Cuba sirviera

²¹ Publicado en *Progreso Semanal* el 15 de marzo de 2016.

de espaldarazo a los intentos de la clase política cubana en el poder de prorrogar automáticamente su mandato, mediante una enmienda constitucional que tuvo amplio rechazo popular y finalmente desencadenó la Revolución de 1930.

A tono con este interés, el gobierno cubano fue extremadamente sumiso con el presidente de Estados Unidos y la delegación cubana aprovechó su condición de anfitriona del evento, para neutralizar el esfuerzo de algunas de las delegaciones latinoamericanas, interesadas en adoptar una resolución contra la intervención militar de Estados Unidos en la región, entonces envuelta en diversos conflictos, especialmente en Nicaragua.

Según relata el cronista Ciro Bianchi, en aquella ocasión, el secretario de Estado cubano, Orestes Ferrara, asistente al cónclave, declaró que su gobierno no podía oponerse a la intervención norteamericana, porque gracias a ella Cuba había alcanzado la independencia. Evidentemente la próxima visita de Obama no reflejará sumisión alguna.

Tampoco será el resultado del grado de amistad alcanzado. Ambos gobiernos han resaltado sus diferencias y el propio Obama ha dicho claramente que su política hacia Cuba es solo un cambio de método, con vista a modificar el régimen existente en el país.

Entonces, si no es un resultado de la dependencia ni de la amistad, ¿por qué se producirá la visita y cuál será su significado?

No será una visita exenta de contradicciones. Una de las intenciones de Obama, según han declarado sus voceros, será reunirse con la llamada «disidencia» interna y estimular estas corrientes, lo que es considerado una injerencia en los asuntos internos por la parte cubana.

Cualquier cosa que haga Obama en este sentido, con seguridad acaparará la atención de la prensa internacional, a pesar de que los propios gobernantes norteamericanos son conscientes de que ello tiene un valor más simbólico que práctico, dadas las características de estos grupos, su escaso impacto en la sociedad cubana, incluso, su disfuncionalidad respecto a la proyección de la nueva política de Estados Unidos hacia Cuba.

No obstante, para el presidente, condicionado por el proceso electoral que se desarrolla en su país, los gestos favorables hacia estos grupos constituyen un blindaje frente a la crítica de sus adversarios, que le achacan ser demasiado «blando» en su política hacia Cuba.

Más importante para Obama será tratar de consolidar lo alcanzado en el proceso negociador desarrollado entre los dos países y avanzar en áreas que promuevan la posible irreversibilidad de lo acontecido, en tanto ello constituye uno de los legados principales de su administración y su política hacia Cuba ha tenido gran aceptación dentro y fuera de Estados Unidos, reportando beneficios políticos que el presidente tratará de explotar al máximo. También porque se corresponde con su visión del mundo y sus ideas respecto a la forma «inteligente» en que su país debe articular su hegemonía internacional.

Se da por descontado que dos reclamos básicos de Cuba, dígase el fin del bloqueo económico y la devolución de la base naval en Guantánamo, no tendrán solución durante la visita.

Tampoco la parte norteamericana ha dado señales de estar dispuesta a avanzar en los desacuerdos sobre el tema migratorio, a pesar de que la interpretación de pie seco/pie mojado, mediante la cual se valida el ingreso ilegal de inmigrantes cubanos al territorio norteamericano, ha sido motivo de sona-

dos conflictos internacionales recientemente y objeto de crítica por diversos sectores de la propia sociedad norteamericana.

Sin embargo, Obama tiene facultades para avanzar en otras áreas y ya ha sido anunciado que, previo a la visita, el gobierno norteamericano emitirá nuevas regulaciones que facilitarán los viajes de los ciudadanos de ese país a Cuba, así como las relaciones financieras, al permitir el uso del dólar en las transacciones cubanas. Aunque está por verse el alcance real de estas medidas, de adoptarse con la amplitud requerida, sería un importante paso de avance en la implementación de la nueva política, toda vez que hoy constituyen un freno para su materialización en la práctica.

Para Cuba, el nuevo escenario de las relaciones con Estados Unidos contribuye a la estabilidad que requiere su propio proceso de reformas económicas – considerada como la madre de las batallas políticas actuales – y su inserción, en mejores condiciones, en el mercado mundial.

En tal sentido, la visita de Obama tiene un valor simbólico relevante. Con todo lo que se interpreta como un cambio de métodos y no de objetivos, en los métodos se concretan las relaciones internacionales y en este caso significa reconocer la legitimidad del gobierno cubano y avanzar en relaciones basadas en la igualdad y el respeto mutuo, lo que ha sido un objetivo histórico de la Revolución Cubana.

También es una muestra de solidez política interna, que permite asumir la visita del presidente norteamericano sin que ello altere el rumbo de las decisiones propias y la soberanía del país, cualesquiera sean las intenciones y acciones del mandatario estadounidense. Es de esperar, por tanto, que Obama cuente con la libertad requerida para realizar sus actividades en Cuba y que estas sean ampliamente difundidas, asumiendo que

el objetivo del presidente tampoco es viajar en plan de provocador.

La moraleja es que se puede discutir de todo, estar en desacuerdo en casi todo y, aun así, encontrar áreas de interés común que beneficien a ambos países, dando paso a lo que pudiéramos denominar una «convivencia entre contrarios» que constituye, en sí mismo, un buen ejemplo para el orden internacional vigente.

Otra singularidad de la visita de Obama a Cuba, es que quizás sea el único país del mundo donde no recibirá muestras de rechazo popular —a quien lo dude que espere su próxima escala en Argentina—, tampoco será recibido como un héroe, como esperan algunos.

Será una visita «normal» que es lo que espera toda gente sensata y esperamos que lo mismo ocurra cuando, por elemental reciprocidad diplomática, le toque al presidente Raúl Castro visitar Estados Unidos.

Un balance de la visita de Barack Obama²²

Recién acaba de concluir la visita del Barack Obama a Cuba. El presidente tuvo la oportunidad de dirigirse de manera bastante amplia al pueblo cubano, desplegar sus atractivos y llamar la atención de la prensa internacional, aprovechando el significado histórico del acontecimiento.

Interesado en no dar la impresión de que se trataba de una «luna de miel» con el mandatario norteamericano, el trato oficial cubano fue respetuoso pero distante. Sin embargo, la población se expresó de manera más calurosa, sobre todo cuando Obama se desplazó por las calles habaneras e impuso su innegable carisma.

No es de extrañar que Obama despertara simpatías en el pueblo cubano, así ha ocurrido en todas partes del mundo desde que asumió su mandato. Las razones no solo son achacables a su personalidad, también importa el contenido de sus ideas, creo que se trata del presidente más inteligente y articulado que ha tenido ese país desde Kennedy.

Además, influye la identificación natural de la mayoría con su origen social —algo que Obama sabe explotar para erigirse como ejemplo del «sueño americano»—; su raza simboliza un cambio trascendental en la historia social de Estados Unidos, un proceso con el que muchas personas se solidarizan.

Ha sido, por otra parte, un buen presidente, dentro de las condiciones que le impone la política de su país, y si no se le

²² Publicado en *Progreso Semanal* el 25 de marzo de 2016.

reconocen más méritos es debido a la polarización política existente y al racismo que impera en esa sociedad.

Más allá de sus innegables dotes personales, la clave de su popularidad radica en que Obama se presenta vendiéndonos «otro Estados Unidos» y de cierta manera lo es, sobre todo si lo comparamos con los ocho años de gobierno neoconservador que lo precedieron, donde el mensaje de George W. Bush se resumía en la frase «estás conmigo o contra mí», y si estás contra mí, detrás viene la caballería. Hay que ver si este legado se sostendrá en el futuro inmediato, cualquiera sea el próximo presidente norteamericano.

Es difícil estar en contra del idealismo que Obama transmitió en diversos momentos durante su visita a Cuba. Sin embargo, desde la realidad, su imagen de Estados Unidos no se aviene a la práctica concreta. No solo en términos históricos — una historia de la cual Obama siempre quiere desprenderse —, sino en la actualidad. Los propios fracasos de Obama para impulsar una agenda que concrete estos objetivos sociales en el plano interno son una muestra palpable de ello y explica la frustración de muchos de sus propios electores a lo largo de su mandato.

Si lo queremos analizar desde la perspectiva de la política exterior, sobran los ejemplos. Para remitirnos a lo más reciente, basta comparar su posterior visita a Argentina y sus alabanzas a Mauricio Macri, presentándolo como modelo de gobernante latinoamericano, para comprender las contradicciones entre su discurso social y una alianza con la más rancia derecha en el continente, que viene dada por los intereses de su país, no importan cuáles sean los criterios personales del presidente de turno.

Aunque algunos en Cuba lo definen como un «encantador de serpientes», no creo que Obama vino a la Isla a engañar a

los cubanos. Me parece que realmente cree en los valores que preconiza, aunque la necesidad de intentar complacer a públicos muy diversos y las propias exigencias de su cargo, como máximo dirigente de la potencia hegemónica mundial, lo coloque a veces en situaciones opuestas respecto a su propio pensamiento y la política de su país.

Obama se presentó en Cuba como aliado del pueblo cubano en la lucha contra el bloqueo y casi todo el mundo está de acuerdo con eso. También criticó la política «fallida» aplicada por Estados Unidos durante más de medio siglo. «Simplemente no ha funcionado», dijo una vez más el presidente para justificar el cambio, pero se ha quedado corto al no criticar la propia naturaleza de esta política, como hizo Bernie Sanders. Tal «pragmatismo», exento de consideraciones éticas —quizás para evitar conflictos con sus adversarios—, fue un déficit del discurso obamista en Cuba.

También convocó al cambio en Cuba. Esta vez fue más cuidadoso que en otras ocasiones y se distanció del discurso de «cambio de régimen» —al menos fue menos diáfano—, lo que demuestra la capacidad de su gobierno para adecuar la retórica a los requerimientos de la doctrina del «poder inteligente» que orienta su política exterior.

En tal sentido, algo que llama la atención es que, obviamente esperando alcanzar otros objetivos, las propuestas de reformas de Obama para Cuba no se distancian mucho de las que el propio gobierno cubano viene impulsando hace años.

Ello explica tanto la «potabilidad» de su discurso para ciertos sectores, como la desconfianza que genera en otros, respecto a sus verdaderas intenciones. Esta desconfianza es un factor subjetivo a superar si en realidad quiere avanzarse en el proceso de normalización de relaciones y que probablemente será

más difícil ante la eventualidad de un nuevo presidente de ese país, cualquiera que este sea.

La conclusión es que resulta engañoso suponer que las simpatías despertadas por Obama se traducen de manera automática en un respaldo a los objetivos de la política norteamericana hacia Cuba. Sin embargo, resulta positivo que un presidente de Estados Unidos haya venido a decir las cosas que dijo Obama en Cuba.

Ello es bueno para Cuba, que ha sido tratada con respeto e igualdad, a pesar de la asimetría entre las partes, pero también lo es para Estados Unidos, que se ha presentado con su mejor cara, abriendo la esperanza de la posibilidad de la convivencia, a pesar de las diferencias que ambos gobiernos y multitud de comentaristas no se han cansado de enfatizar.

Creo que todo el mundo ganó con esta visita. Obama pudo reafirmar una política que le ha reportado enormes beneficios políticos. Cuba dio cuenta de una estabilidad política que le permite enfrentar los retos implícitos en la nueva política norteamericana, así como avanzar en el mejoramiento de sus relaciones económicas internacionales.

La resultante es haber llegado a un momento histórico único en las relaciones entre los dos países y quizás esto explica la cara de satisfacción del presidente estadounidense y su familia durante su estancia en Cuba. Quiero imaginar que fue también un sueño cumplido, que no deja de estar relacionado con sus propias raíces.

El interés de Estados Unidos por el mercado cubano²³

Cuba no es China, eso lo sabemos todos. ¿Qué explica entonces el inusitado interés de las empresas norteamericanas en el mercado cubano?

Una respuesta me la dio hace años un productor de trigo estadounidense: «Es el único país del mundo que entrega un pan diario a 11 millones de personas». No obstante, con todo lo cierto que encierra esta afirmación, es insuficiente para explicar lo que acontece. El asunto es más complejo.

En un mundo donde el desarrollo del comercio dependía en buena medida del dominio militar de los territorios, durante su primer siglo de existencia, Estados Unidos trató de expandirse dentro de sus fronteras terrestres. Intentarlo más allá de los mares, se lo impedía el escaso desarrollo de su fuerza naval.

Cuba era la excepción. Tan temprano como 1802, Thomas Jefferson la incluía dentro del proyecto expansionista, pero, a falta de un poder militar suficiente para lograrlo, afirmaba que la manera era a través del control del comercio.

El mercado cubano era una prioridad para el desarrollo de ese país por tres razones: su potencial económico, su ubicación geográfica y su complementariedad con la economía norteamericana. A pesar del tiempo transcurrido y los enormes cambios que han tenido lugar en el mundo, estas condicionantes mantienen su vigencia.

²³ Publicado en *Progreso Semanal* el 7 de junio de 2016.

Buena parte de los propósitos de Estados Unidos se materializaron bajo el colonialismo español y se concretaron a plenitud con el establecimiento del régimen neocolonial en Cuba en 1902. La Revolución Cubana alteró bruscamente este estado de dependencia, pero la recuperación del mercado cubano continuó siendo uno de los pilares de la política norteamericana hacia Cuba. Trató de hacerse de la peor manera, hasta que Obama reconoció el fracaso y cambió los métodos para lograrlo.

La importancia relativa del potencial económico de Cuba para los inversionistas norteamericanos ha disminuido sensiblemente en comparación con el siglo XIX, cuando Cuba era la principal productora de azúcar del mundo. Pero este fenómeno ya era apreciable a mediados de la primera mitad del siglo XX, cuando el mercado azucarero disminuía su importancia mundial y el capital norteamericano buscaba inversiones más rentables dentro y fuera de Cuba.

Aun así, no se trataba de un mercado despreciable para ciertos sectores empresariales estadounidenses y lo mismo ocurre en la actualidad, debido a que la «accesibilidad» determina altos niveles de competitividad y un mejor rendimiento de las inversiones. Por otro lado, Cuba continúa siendo el mayor mercado potencial de las Antillas.

Para muchas empresas norteamericanas el comercio con Cuba forma parte de su mercado natural, lo que implica que prácticamente la infraestructura existente sirve igual para vender o comprar a Cuba, que en cualquier otro lugar dentro del propio Estados Unidos.

Como la Isla sigue estando donde siempre, su importancia geográfica para Estados Unidos continúa vigente. Ya no se trata de su importancia militar, como ocurría en el pasado. Aunque algunos insisten en la necesidad de mantener la base naval

en Guantánamo con estos fines, la realidad es que la guerra moderna no requiere de «carboneras».

Sin embargo, Cuba mantiene una importancia estratégica para el comercio de Estados Unidos en el Atlántico y la posibilidad de utilizar instalaciones, como el puerto del Mariel, pudiera aportar al rendimiento de las cadenas de valor que hoy día caracterizan el mercado mundial, como han enfatizado algunos economistas.

A ello se suma el potencial del turismo, con sus implicaciones para otras ramas de la economía estadounidense; la explotación petrolera en mares adyacentes; las necesidades de Cuba para modernizar su parque tecnológico y su infraestructura, así como el gran volumen de importaciones que requiere el consumo nacional y las redes de servicio social. Está claro que para todo esto hace falta dinero, pero en condiciones normales ello se resuelve mediante inversiones directas y créditos, como ocurre en todo el mundo.

Estas oportunidades justifican el criterio de que persiste la «complementariedad» de la economía cubana respecto a la norteamericana, pero existen otros componentes quizás aún más importantes.

Entre las líneas estratégicas de Estados Unidos está el desarrollo de la llamada «industria del conocimiento», con el fin de mantener la supremacía de las empresas norteamericanas en esta esfera, lo que constituye una de las bases de su hegemonía mundial.

El límite a este desarrollo lo impone el capital humano disponible. De ahí la insistencia de ciertos sectores, incluyendo el presidente Obama, de la necesidad de mejorar los niveles de educación del país. En estos momentos, este déficit se resuelve, en parte, mediante el llamado «robo de cerebros» y la política

inmigratoria de Estados Unidos es sumamente amplia para facilitar, ahorrándose el costo que implica su formación.

No obstante, una vez radicado en ese país, un científico extranjero vale lo mismo que un norteamericano, lo que explica que el 20% de las inversiones de las transnacionales estadounidenses destinadas a la investigación y el desarrollo de nuevas tecnologías se realizan en el exterior, incluso en países competidores como China y la India.

Desde mi punto de vista, el mayor interés de las empresas norteamericanas en Cuba radica en poder aprovechar el capital humano existente en el país, para su encadenamiento a menor costo con producciones de alto valor agregado, en un clima de estabilidad política y social que difícilmente se encuentra en otros lugares.

Las áreas de oportunidades en este sentido son muy amplias, debido a la formación de cubanos en renglones estratégicos como las tecnologías de la información y las comunicaciones, la biotecnología, la farmacéutica y el desarrollo de energías renovables, entre otras.

Esta lógica se enfrenta a la tesis del promover el cambio de régimen en Cuba. No por las virtudes éticas de las transnacionales norteamericanas, muchas veces promotoras de guerras devastadoras en función de sus intereses, sino porque simplemente no les conviene subvertir un régimen que produce por sí mismo el capital humano que necesitan y pudieran utilizarlo en las mejores condiciones. Al menos, este debiera ser el criterio de los más inteligentes.

También se contradice con la actual política migratoria de Estados Unidos hacia Cuba. Toda vez que lo que conviene a estas empresas no es que los profesionales cubanos emigren, sino utilizarlos en el país, para bajar sus costos de producción.

Por otra parte, pudiera ser beneficioso para Cuba, en la medida en que aumentaría las posibilidades de trabajo para estas personas y mejoraría sus condiciones de vida, disminuyendo las tensiones migratorias que hoy enfrenta la sociedad cubana.

Entonces, lo que ha cambiado respecto al pasado no son las condicionantes que explican el interés por el mercado cubano, sino las reglas bajo las cuales estas pueden materializarse.

En primer lugar, porque debido al bloqueo aún persiste la prohibición de que empresas norteamericanas inviertan o comercien con Cuba. Las escasas autorizaciones recientemente adoptadas, están viciadas de procedimientos y limitantes que impiden que puedan ejecutarse de manera normal, como ocurre en otros países. A lo que se suma la incertidumbre que genera la estabilidad de esta política, en medio de la polarización y disfuncionalidad existente en el cuerpo político norteamericano.

En segundo lugar, porque el mercado cubano tampoco es «normal» para la práctica acostumbrada de las empresas norteamericanas en el mundo. El gobierno norteamericano no está en la posición de imponer preferencias y condiciones, como ocurre en otras partes, sino que tendrá que consensuar sus intereses con los del país y funcionar en condiciones de igualdad con sus competidores.

A las normas que rigen la inversión extranjera en general —que algunos critican por excesivamente lentas y burocráticas—, especialmente en el caso de las empresas norteamericanas, se agrega el interés de no generar nuevas formas de dependencia que limiten la soberanía del país. A ello se le suma la desconfianza originada en el conflicto histórico entre los dos países y la que provoca las intenciones declaradas de los objetivos de la nueva política hacia Cuba.

Estamos, por tanto, en una fase de estudios y tanteos, donde existen muchos escollos que salvar, lo que explica las dificultades existentes para concretar negocios, a pesar del interés manifiesto de ambas partes.

El estado del proceso de negociaciones entre Cuba y Estados Unidos²⁴

Apenas año y medio después de haberse anunciado la decisión de iniciar un proceso encaminado a normalizar las relaciones entre Cuba y Estados Unidos, conviene hacer un balance del mismo, toda vez que muchas veces la percepción de las personas transita desde el criterio de que todo está resuelto, hasta los que afirman que casi nada se ha avanzado, y la respuesta no parece estar en estos extremos.

A veces sorprende la rápida evolución que han tenido las negociaciones en ciertos asuntos. Se restablecieron relaciones diplomáticas, se han concretado acuerdos en diez áreas de interés común y se negocia con buenos augurios en decenas más, lo que demuestra la existencia de una complementariedad determinada por la condición de vecinos y otras exigencias internacionales.

Uno de los elementos más llamativos, pasado por alto por muchos analistas, han sido las premisas políticas y la organización bajo las cuales se ha conducido este proceso. Ambas partes han reconocido que se negocia en condiciones de igualdad y respeto mutuo, lo cual es particularmente importante para Cuba, y ha sido creada una comisión bilateral que orienta y controla las negociaciones.

²⁴ Publicado en *Progreso Semanal* el 5 de julio de 2016.

Por demás, en ellas han intervenido una gran variedad de instituciones estatales, las cuales establecen sus relaciones específicas, lo que facilita la comunicación a escala instrumental y el diálogo entre los funcionarios especializados, un antídoto contra los estorbos que generalmente crea la burocracia a otros niveles.

Presentes también en las negociaciones, hay temas que reflejan las disputas existentes, cuya solución es mucho más compleja, debido a que definen la naturaleza de las relaciones posibles.

Algunas son de carácter sistémico y tienen que ver con diferencias antagónicas que difícilmente encontrarán solución en el futuro predecible. No obstante, existen otros que pudieran resolverse, si existe la voluntad de las partes y coyunturas que faciliten los acuerdos.

En este caso está el tema de las exigencias de compensaciones mutuas. Este asunto tiene antecedentes en muchas partes del mundo y generalmente se han encontrado fórmulas para satisfacer los reclamos de los contendientes. En el caso de Cuba y Estados Unidos, llegado el momento oportuno, no hay razones para pensar que esto no sea posible.

La mayor parte de los analistas consideran que los días del bloqueo están contados, aunque nadie puede asegurar cuándo y cómo tendrá lugar su eliminación. Incluso ambas partes coinciden en la necesidad de finalizar con esta política y lo que se discute es el alcance de las medidas ejecutivas que pudiera tomar el gobierno de Obama para restarle eficacia y facilitar el avance del proceso, a pesar de los obstáculos que representa.

De cualquier manera, incluso aunque estas medidas ejecutivas se extiendan y algunas enmiendas congresionales puedan disminuir su valor práctico, mientras exista esta política, ampa-

rada por las leyes que la regulan, resultará imposible hablar de una relación normal entre dos naciones soberanas.

El gobierno de Estados Unidos ha manifestado su negativa a discutir el cierre de la base naval instalada en el territorio cubano de Guantánamo e incluso han aparecido propuestas de enmiendas en el Congreso que pretenden blindar esta posición, complicando aún más el asunto.

Ni siquiera el discurso político norteamericano hace énfasis en el tratado bilateral a perpetuidad que la ampara hace más de un siglo, debido a su falta de legitimidad política y legal de cara al orden internacional y las violaciones de que ha sido objeto. El argumento entonces se reduce al «interés nacional» de Estados Unidos, una posición que ni siquiera tiene fundamento en las necesidades de su defensa, toda vez que en diferentes momentos los militares norteamericanos han dicho que se trata de una base obsoleta para tales fines.

En cualquier caso, todo indica que continuará siendo un tema de fricción entre los dos países, aunque históricamente Cuba ha evitado que constituya una excusa para agudizar las tensiones y en estos momentos existe un clima de convivencia, que incluye contactos regulares entre los militares de ambas partes.

Los llamados «programas para la promoción de la democracia», forman parte de la política exterior estadounidense y constituyen motivo de contradicción con muchos países, dado que, cuando no son el resultado de acuerdos bilaterales, resultan violatorios de las soberanías nacionales.

En el caso de Cuba han tenido el objetivo declarado de estimular y financiar a la oposición externa e interna y en ellos se invierten no menos de 20 millones de dólares anuales, con el paradójico resultado de que en muchas ocasiones sirven para

financiar a los grupos que se oponen a la política de Obama hacia Cuba, con muy escasa capacidad de convocatoria interna.

Difícilmente Estados Unidos renuncie a una práctica que considera le viene dada por derecho hegemónico en el mundo y forma parte de sus objetivos estratégicos hacia Cuba. No obstante, de continuar el proceso hacia la normalización de las relaciones, pudiera tornarse menos específica y agresiva, más respetuosa, al menos desde el punto de vista formal, de la soberanía cubana, con lo cual no se resuelve el problema, pero se amplían los rangos de negociación respecto a este asunto.

El problema migratorio tiene tal importancia para ambos países, que durante muchos años fue el único tema de negociación entre las partes. En la actualidad, las conversaciones bilaterales se desarrollan de manera normal y existe un alto nivel de cumplimiento de los acuerdos firmados en 1994, por lo que al parecer, hasta ahora, ambos países están satisfechos con lo pactado.

El problema principal es la aplicación de la interpretación pie seco/pie mojado para la aceptación de inmigrantes ilegales que pisan suelo norteamericano. Tal política se aplica solo a los migrantes cubanos, responde a una decisión ejecutiva que no tiene fuerza legal e implica más problemas para Estados Unidos que para Cuba, toda vez que muchas de las estas personas abandonan legalmente el país. Es de esperar que entonces que más temprano que tarde se suspenda esta práctica, aunque ello, por sí solo, no eliminaría el problema de la migración ilegal y se requeriría de otro tipo de negociaciones para enfrentarlo.

Vinculado con esto está la aplicación de la Ley de Ajuste de 1966, la cual ha devenido la sombrilla política que justifica la excepcionalidad con que son tratados los inmigrantes cubanos en Estados Unidos.

En realidad, mirado en términos estrictamente legales, la Ley de Ajuste no constituye un problema «migratorio» para Cuba, ya que no fue diseñada para aceptar el ingreso de los inmigrantes, sino para resolver su estatus legal, una vez establecidos en Estados Unidos.

Por otro lado, sus consecuencias han sido tan contradictorias, que ahora es la extrema derecha cubanoamericana la que plantea su revisión, toda vez que favorece la inserción política de los nuevos inmigrantes, la mayoría de los cuales hoy votan en su contra.

Lo justo sería que, más que abolirla o mantener su exclusividad respecto a los cubanos, la Ley de Ajuste se aplicara a todos los inmigrantes legales en Estados Unidos, dado que ha demostrado ser más humanitaria y efectiva para facilitar el asentamiento de estas personas, en condiciones que benefician a toda la sociedad norteamericana.

Sin embargo, quizás sería mucho pedir dentro del clima xenóforo que hoy impera respecto al problema migratorio en ese país y otras partes del mundo, por lo que el futuro más probable es que se eliminen los privilegios que actualmente disfrutaban los cubanos y tengan que pasar por las vicisitudes que caracterizan el tratamiento a la mayoría del resto, sin importar cuál sea el estado de las relaciones entre Cuba y Estados Unidos.

De cara al futuro, será muy difícil para cualquiera que resulte electo presidente de Estados Unidos desconocer lo que se ha avanzado en el campo de las relaciones con Cuba, los beneficios concretos que ha reportado a ambos países y la existencia de un consenso bastante extendido a favor de la continuidad de este proceso, aunque tampoco podemos asegurar su irreversibilidad, debido a la infinidad de variables que pueden incidir en su destino.

En verdad, vivimos en un mundo donde prevalece la incertidumbre, y esa es otra característica del llamado «proceso hacia la normalización de relaciones» entre Cuba y Estados Unidos.

¿Qué puede ganar Cuba en sus relaciones con Estados Unidos?²⁵

Se cumple un año del restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre Cuba y Estados Unidos, un paso significativo en el llamado proceso «hacia la normalización de las relaciones», que ambos gobiernos han pronosticado largo y complicado.

La parte norteamericana ha declarado que su objetivo es «cambiar el régimen cubano por otros métodos» y muchos, dentro y fuera de Cuba, han señalado la toxicidad que extrañan estas relaciones para el sistema socialista cubano. Asumidas sus connotaciones más negativas, vale entonces analizar las razones por las cuales el gobierno de Cuba ha aceptado el reto, consciente de los peligros y dificultades que efectivamente están incluidos en el paquete.

Recientemente, Lina Pedraza Rodríguez, ministra de Finanzas y Precios de Cuba, informó que el 54% del presupuesto nacional se invierte en los sectores de la educación, la salud pública y la asistencia social. Este dato ilustra la esencia del modelo socialista cubano, explica las bases objetivas que sirven de sustentación al consenso popular y sus expresiones ideológicas, así como su particularidad respecto a lo que ocurre en otras partes del mundo.

Por su parte, el presidente Raúl Castro acaba de dar cuenta de las dificultades económicas por las que atraviesa el país, lo

²⁵ Publicado en *Progreso Semanal* el 14 de julio de 2016.

que explica las enormes complejidades que implica llevar a cabo este proyecto de sociedad, en las condiciones internas y externas en que vivimos.

Está demostrado que el crecimiento económico, por sí mismo, no garantiza la estabilidad política y social de los países, mucho menos la equidad de sus políticas públicas, pero tampoco es posible una efectiva estrategia de bienestar social sin una economía que la sostenga. Esta es la disyuntiva que enfrenta Cuba en estos momentos y el escenario en que debemos analizar el proceso de transformaciones económicas en curso, así como las ventajas y desventajas que implican las relaciones con Estados Unidos.

El diseño de la economía socialista cubana, más allá de aciertos y errores propios, fue concebido para un mundo que dejó de existir. Con él se fueron a «bolina» los mercados, los mecanismos financieros, la complementariedad política que lo sostenían, así como los paradigmas que hasta entonces definían al «socialismo real» y el equilibrio del mundo, originando la crisis económica más profunda de la historia de la nación.

Huérfana de otras alternativas, para Cuba no hubo más opción que tratar de insertarse en el mercado internacional capitalista en las peores condiciones, debido a la existencia del bloqueo económico y las presiones políticas de Estados Unidos.

La escasez de recursos naturales, la falta de acceso al mercado más importante del mundo y la eventualidad de tener que enfrentar las sanciones norteamericanas, se tradujo en una limitada demanda de los productos cubanos, así como, en la mayor parte de los casos, en la imposición de condiciones leoninas para las relaciones económicas, lo que ha tenido expresión en el incremento de los precios de las importaciones, créditos onerosos y limitadas inversiones extranjeras.

Las relaciones con Estados Unidos, si finalmente conducen a un eventual levantamiento del bloqueo, como es de esperar si se cumplen la mayor parte de los pronósticos, no solo permitiría el acceso a mejores ofertas en ese país, sino que cambian la escala y el entorno de las relaciones económicas de Cuba con el resto del mundo y en ello radica las principales ventajas del nuevo contexto.

Para algunos, los atractivos que ofrece el mercado norteamericano a Cuba y su complementariedad natural, debe conducir de manera inexorable a una dependencia económica, que vendría acompañada de consecuencias políticas para la soberanía de la nación. De hecho, buena parte de la estrategia norteamericana se basa en este presupuesto, pero incluso desde la izquierda muchos piensan lo mismo.

Sin embargo, mirado desde otro punto de vista, los márgenes de competitividad que se derivan de estas relaciones respecto a terceros, ofrecen mayor libertad a Cuba para escoger sus socios y establecer condiciones que resulten más beneficiosas para el país, diversificando las posibilidades de su mercado internacional.

En igual sentido pueden operar las ventajas de la ubicación geográfica de Cuba para el comercio mundial desde y con Estados Unidos. Dentro de este esquema adquiere su valor el desarrollo de la Zona Especial del Mariel, pero también se destaca las posibilidades que brinda al turismo internacional, lo que explica el interés mostrado por las empresas norteamericanas del ramo y los avances alcanzados en las negociaciones dentro de esta esfera.

El capital humano, así como los avances científicos y tecnológicos alcanzados por Cuba en ciertas especialidades, constituyen el principal activo económico de la nación. La falta de un

mercado laboral interno que pueda utilizarlo apropiadamente, ha tenido como resultado la emigración de muchos profesionales o la degradación de su calificación, al trasladarse a empleos mejor pagados en otros sectores.

Las relaciones con Estados Unidos, donde la llamada «industria del conocimiento» es la mayor del mundo y constituye una prioridad entre sus líneas estratégicas de desarrollo, ofrece oportunidades para el aprovechamiento en Cuba de este capital humano y la venta de productos nacionales con alto valor agregado, no solo en el mercado norteamericano, sino para su mejor distribución a escala internacional.

Lo mismo puede ocurrir con la venta de servicios médicos y otras especialidades — hoy día una de las principales fuente de ingresos — que, liberados de las ataduras y las connotaciones impuestas por la política norteamericana, puede encontrar mercados en un rango mayor de países.

Además, las relaciones sirven para el aprovechamiento de este potencial cubano con fines humanitarios en todo el mundo y ofrece ventajas para la propia seguridad sanitaria de ambos países, sobre lo cual ya se han firmado acuerdos y se trabaja en diversos instrumentos de colaboración.

El intercambio cultural con Estados Unidos, y sus posibles ramificaciones hacia otros países, no solo pudiera aportar a la difusión de la cultura cubana en el mundo, sino que constituye otro renglón de exportaciones que Cuba pudiera explotar en condiciones bastante ventajosas, dada la calidad reconocida de estos productos.

Como ha venido ocurriendo hasta ahora, el desarrollo de las relaciones facilita la adopción de acuerdos bilaterales y multinacionales para el cuidado del medio ambiente, el tráfico aéreo y naval, así como la protección de las fronteras comunes frente

a delitos como el narcotráfico, el tráfico de personas y el terrorismo, todo lo cual constituyen asuntos de seguridad nacional para los dos países.

También establecen un clima más adecuado para resolver los problemas migratorios aún pendientes, cuya incompatibilidad con estos objetivos resulta evidente y es objeto de críticas dentro de la propia sociedad norteamericana.

Las relaciones entre los dos países facilita el vínculo de Cuba con la comunidad cubanoamericana, cuya evolución ha sido una de las causas que determinaron el cambio de la política norteamericana y constituye un problema estratégico para el país, debido a sus connotaciones sociales, culturales, políticas y económicas hacia lo interno de la sociedad cubana.

Al margen de que continuarán existiendo tensiones como resultado de las políticas de Estados Unidos encaminadas a promover un cambio de régimen en Cuba, el restablecimiento de las relaciones cuando menos limita las acciones más agresivas, en particular el terrorismo y la amenaza de una invasión militar, un logro mayor si lo comparamos con las condiciones en que ha tenido que vivir el país durante medio siglo.

Es cierto que el nuevo estado de las relaciones, incluso de avanzar con más o menos celeridad en los próximos años, no elimina las contradicciones que han marcado la historia de los dos países y tampoco constituye un proceso irreversible, toda vez que depende de coyunturas que escapan al control cubano.

En resumen, el capital norteamericano, y extranjero en general, llega a Cuba con sus dos caras, estableciendo un escenario inédito y complicado para el modelo socialista cubano, pero facilitando su inserción en la economía global, a tono con una estrategia impuesta por una realidad que no ofrece otras alternativas. El asunto radica en saber decidir, lo que en última ins-

tancia no lo determina la economía, sino la política, y en esto radica la eficacia gubernamental.

A su favor, Cuba cuenta con un grado de independencia política que constituye uno de sus escasos lujos. Parafraseando el título de una vieja novela, «el destino está en nuestras manos», por lo que en esta compleja ecuación que entraña las relaciones con Estados Unidos, la variable fundamental continúa siendo la articulación de la voluntad e inteligencia del pueblo cubano: protagonista principal de esta historia.

La consolidación de los cambios en la comunidad cubanoamericana²⁶

Acaban de darse a conocer los resultados de la última encuesta realizada por la Universidad Internacional de la Florida (FIU), sobre las inclinaciones políticas de la comunidad cubanoamericana.

Se trata de la investigación más seria y completa sobre la materia que se viene realizando desde 1991 en el sur de la Florida, lo que permite analizar la evolución de este proceso por cerca de 25 años. Al margen de que con seguridad en el futuro será útil profundizar en sus resultados, vale la pena que comentemos algunos de sus hallazgos más significativos.

Según el profesor Guillermo Grenier, quien ha dirigido estas investigaciones, «la tendencia hacia una actitud más abierta con el acercamiento a Cuba está aumentando» y lo achaca «a la expansión de las posibilidades de interacción con la Isla gracias a la nueva política impulsada por la actual administración».

Los resultados obtenidos verifican plenamente esta afirmación: una significativa mayoría (63%) apoya el levantamiento del bloqueo; el 55,8% respalda la nueva política hacia Cuba y el 54% las relaciones económicas entre los dos países.

Podría agregarse que también refleja las transformaciones sociales y políticas que se han producido en esta comunidad en los últimos años, las cuales, motivadas por diversos factores,

²⁶ Publicado en *Progreso Semanal* el 16 de septiembre de 2016.

expresan una línea de continuidad que resultará difícilmente reversible.

Conviene entonces que pongamos la mirada en la composición actual de lo que se define como «comunidad cubanoamericana», para tratar de comprender mejor lo que está ocurriendo:

En Estados Unidos residen poco más de 2 millones de personas de origen cubano. Casi 1.2 millones (57%) nacieron en Cuba y el 47% de ellos lleva más de 20 años viviendo en ese país, mientras que casi la mitad (43%) nació en Estados Unidos.

El 70% del total reside en la Florida, la mayoría en el Condado de Miami-Dade y las regiones limítrofes (dando forma a lo que se denomina el enclave cubanoamericano de Miami), lo que lo convierte en el grupo latino de mayor concentración demográfica del país.

La lógica demográfica expresa una disminución progresiva de los primeros inmigrantes —aquellos que arribaron antes de 1980 (denominados «el exilio histórico»), donde se han concentrado las posiciones más hostiles hacia Cuba—, así como el aumento proporcional de los descendientes y los que emigraron después de esa fecha, en los cuales se expresan los cambios de actitud más relevantes respecto a las relaciones con la sociedad cubana.

Según refleja la encuesta, el 93% de los que arribaron después de 1995 y el 87% de los comprendidos entre 18 y 39 años apoyan los viajes sin restricciones a la Isla. En el caso de los nuevos emigrados la explicación parece bastante obvia debido a los vínculos filiales, existenciales y culturales que mantienen con Cuba, pero en lo que se refiere a los más jóvenes, donde están incluidos los descendientes y aquellos que han vivido la mayor parte de sus vidas en Estados Unidos, las razones son más com-

plejas y parecen más relacionadas con fenómenos endógenos de la sociedad norteamericana.

En general, el 61% del electorado cubanoamericano apoya las relaciones con Cuba y, contrario al criterio de que el tema cubano ha dejado de ser importante para determinar la inclinación del voto cubanoamericano, el 64,5% define como «muy importante» la posición de los candidatos al respecto, para definir su selección.

Tal evolución debe tener a la larga un impacto electoral significativo, toda vez que todos descendientes y el 76% de los inmigrantes posteriores a 1995 ya tienen la ciudadanía norteamericana, lo que establece una masa electoral que pudiera resultar decisiva, si tenemos en cuenta que los inmigrantes entre 1980 y 1994 deben reportar un índice de nacionalización aún mayor.

De cara a las próximas elecciones locales, lo más probable es que las maquinarias de la extrema derecha aún sean capaces de reelegir a los representantes cubanoamericanos al Congreso Federal y es posible que su apoyo, junto con otros sectores republicanos del Estado, sea suficiente para que Marco Rubio mantenga su escaño senatorial.

Los potenciales cambios entonces habrá que observarlos en lo que se refiere a la elección presidencial. Debido a su volumen, apenas el 4% de la Florida, el electorado cubanoamericano nunca ha tenido por sí mismo un peso decisivo para la victoria de un candidato presidencial en el Estado.

No obstante, lo reñidas que siempre son las elecciones en la Florida y su impacto a escala nacional, explican la importancia que le conceden los aspirantes a los diversos grupos de votantes, incluyendo a los cubanoamericanos, los que además se han destacado por sus contribuciones económicas y su activismo en diversas campañas.

Un aspecto novedoso de la actual encuesta es el descenso que se aprecia en el apoyo al candidato republicano Donald Trump (35.5%), el más bajo de la historia, prácticamente en paridad con Hillary Clinton (31.4%), ambos con niveles de aceptación muy bajos, tal y como ocurre en el resto del país. Al parecer el resultado lo decidirán los indecisos (10,4%) y probablemente ocurra un grado de abstencionismo, hasta ahora calculado en 17,8%, nunca antes visto en la participación electoral de los cubanoamericanos.

Con vista al futuro, más interesante aún son los cambios que se observan en la filiación política de los cubanoamericanos. Los republicanos alcanzan un 53.5%, un descenso significativo respecto a más del 70% que pudiera ser considerada la media de los últimos años. Ello, sin embargo, como ha indicado el propio Grenier, no ha representado un aumento de los demócratas (21.9%), sino de los independientes (44,6%), que en el caso de los comprendidos entre 18 y 39 años llega a alcanzar el 48%, algo similar a lo que también ocurre a escala nacional.

La gran perdedora en la nueva coyuntura es la extrema cubanoamericana. Aunque aún conserva un alto grado de control sobre las maquinarias políticas locales del sur de la Florida, prácticamente monopoliza la representación de este electorado a escala estadual y nacional, así como cuenta con estructuras de cabildeo relativamente eficientes, en la medida en que se transforma la actitud hacia Cuba, desaparece el factor en que se ha basado su capacidad movilizadora del voto cubanoamericano y la razón que la hacía funcional a los sectores dominantes de la política de Estados Unidos hacia Cuba.

Ya se aprecia el abandono de importantes sectores empresariales cubanoamericanos que antes le servían de apoyo, así como la aparición de contrapesos, incluso dentro del Partido

Republicano, que le han impedido revertir la política hacia Cuba, aunque en el Congreso han logrado frenar iniciativas que la favorezcan.

Bajo estas condiciones, no es descartable que a mediano plazo también aparezcan fuerzas locales – cubanoamericanas y de otros sectores – que le disputen la supremacía que hasta ahora han tenido y que incluso políticos tradicionales de derecha comiencen a modificar su discurso respecto a Cuba.

La conclusión es que en la medida en que crece el peso de los descendientes y los nuevos inmigrantes en la composición social de la comunidad cubanoamericana, se aprecian transformaciones relevantes en su conducta política, especialmente en lo referido al mejoramiento de las relaciones con Cuba.

Cuba no puede ser ajena a estas transformaciones, toda vez que revisten una importancia estratégica para la nación, tanto por sus implicaciones internas, como por su impacto en la política exterior, especialmente respecto a Estados Unidos.

La directiva presidencial de Obama sobre Cuba²⁷

El presidente Barack Obama ha publicado una directiva presidencial donde se establecen los objetivos de la política hacia Cuba, las medidas para llevarla a cabo, así como las normas que regirán el funcionamiento de los organismos encargados de aplicarla. Con ello institucionaliza la política vigente, la proyecta hacia el futuro y se atenúan los obstáculos que la burocracia gubernamental puede colocar en su camino.

Un mérito de este documento es que establece el marco para las relaciones entre ambos países desde la perspectiva norteamericana, a partir del cual es posible identificar acuerdos y diferencias, así como las ventajas y peligros que entraña para Cuba esta relación. Probablemente no exista un documento oficial, al menos público, que analice de manera tan pormenorizada la política de Estados Unidos hacia un país determinado, lo que demuestra la importancia que Obama le confiere al caso cubano.

La directiva constituye un modelo paradigmático de la aplicación del llamado «poder suave», un componente de la doctrina del «poder inteligente», que parte del principio de utilizar de manera racional, equilibrada y específica todos los recursos de poder de que dispone ese país, para avanzar los intereses de Estados Unidos en el mundo.

Esta ha sido la base doctrinal que ha regido la política de Obama durante su mandato y no es ajena a las contradiccio-

²⁷ Publicado en *Progreso Semanal* el 21 de octubre de 2016.

nes presentes en el cuerpo político norteamericano respecto a la política exterior del país, por lo que resulta excesivo afirmar que garantiza la irreversibilidad de esta política, toda vez que se trata de una orden ejecutiva que pudiera ser modificada por otro presidente en el futuro.

No está de más resaltar —además, queda claro en el documento— que su destino es satisfacer «los intereses norteamericanos», dejando claro que se corresponde con la Estrategia de Seguridad Nacional de 2015 y otros instrumentos, destinados a consolidar la hegemonía norteamericana en el mundo.

Aunque se afirma que no existe la intención de promover un «cambio de régimen» en Cuba, plantea los objetivos que Estados Unidos persigue en esta relación, aprovechando las oportunidades que, según el documento, ofrecen los «cambios endógenos en curso en Cuba».

Tampoco es algo que se deja a la espontaneidad de los acontecimientos, la directiva establece el tipo de programas que Estados Unidos desarrollará para contribuir a que esto ocurra, con lo que reafirma una voluntad injerencista en los asuntos internos cubanos. La excusa es bastante simple: Estados Unidos se atribuye el derecho de actuar de esta manera en cualquier parte del mundo.

La discusión de si se trata o no de una política imperialista carece de sentido, no puede ser de otra manera porque refleja la naturaleza del sistema a escala internacional, y Cuba no es una excepción en este contexto. El problema radica en interpretar las razones de los cambios y cómo enfrentar sus consecuencias, en un mundo donde no existen otras opciones.

Como expresa la propia directiva, las razones del cambio responden al objetivo de terminar con una «política desfasada» y «distanciarse del embargo, que es una carga obsoleta para

el pueblo cubano y ha sido un impedimento a los intereses de Estados Unidos». De lo que se trata, por tanto, es de actualizarla, y eso es lo que se pretende con este documento.

No obstante, vale la pena analizar las condicionantes que ahora influyen en este proceso, para entender su evolución y sus perspectivas.

Incluso antes del sorpresivo anuncio del inicio del proceso encaminado hacia la «normalización» de las relaciones, el 17 de diciembre de 2014, Obama fue tanteando a la opinión pública norteamericana, utilizando de manera expresa el argumento de que se trataba de «un cambio de métodos pero no de objetivos». Lo cual, de por sí, era bastante ofensivo para Cuba y, como era de esperar, generó reacciones de oposición en diversos sectores de la sociedad cubana y la izquierda internacional.

Aun así, en la esfera política se avanzó bastante rápido en el restablecimiento de las relaciones diplomáticas, así como en el progreso de negociaciones en asuntos de interés común.

Sin embargo, en el tema de las relaciones económicas, en parte condicionadas por el bloqueo, y también por las aprensiones del presidente, las primeras medidas fueron sumamente cosméticas y establecían el principio de enajenar a las empresas estatales cubanas, haciendo demasiado obvio el propósito de fortalecer a un sector privado, que se concebía como enemigo potencial del régimen socialista.

Estas medidas entonces chocaron con los obstáculos que imponía este desconocimiento de las autoridades y entidades cubanas, el blindaje que el propio sistema imponía a estas pretensiones, así como la capacidad de la diplomacia cubana para hacer valer los intereses nacionales en el transcurso de las negociaciones.

Dentro del propio Estados Unidos, los sectores interesados en los negocios con Cuba aumentaron las presiones en el sentido de eliminar o atenuar estas condicionantes. El gobierno norteamericano no ha tenido otra alternativa que aceptar los límites que impone a sus objetivos la naturaleza del sistema cubano, así como reconocer la autoridad del gobierno y sus instituciones, si pretendía continuar con la marcha del proceso.

Las muestras de apoyo nacional e internacional que recibió el anuncio del cambio de la política hacia Cuba brindaron mayor seguridad a la administración y, gradualmente, se ha ido avanzando en la ampliación de posibilidades para el contacto económico bajo estas condiciones.

Esta conclusión es un aspecto que se ve reflejado en la directiva presidencial y demuestra un conocimiento más objetivo de la realidad cubana, algunos de cuyos pasajes no dejan de ser interesantes, toda vez que, más allá de las consabidas críticas al modelo democrático y los derechos humanos — aspectos que, por cierto, ambos gobiernos estaban discutiendo en el momento que se emitía la directiva —, de manera general plantean un distanciamiento de muchos de los estereotipos comúnmente antes utilizados para justificar la política contra Cuba.

Un logro para Cuba es que, al margen de cuáles sean las intenciones, el gobierno norteamericano se ha visto precisado a negociar en condiciones de igualdad y respeto mutuo, manifestando públicamente en la directiva el reconocimiento «a la soberanía y autodeterminación de Cuba», lo que no había hecho ningún gobierno de Estados Unidos en más de medio siglo.

Es cierto que aún el presidente podría avanzar en decisiones ejecutivas que facilitarían la participación de empresas norteamericanas en el mercado cubano y no hacerlo contradice los

propios objetivos de su política, sobre todo porque conspira contra la irreversibilidad que Obama pretende alcanzar.

No obstante, la propia directiva reconoce que los principales obstáculos para avanzar en la política hacia Cuba radican en el orden político norteamericano.

A pesar de contar con el apoyo mayoritario de la población e, incluso, haber encontrado un raro nivel de consenso entre demócratas y republicanos, la polarización existente y la incapacidad de los órganos gubernamentales para tomar decisiones, ha impedido que el Congreso actúe para levantar el bloqueo, estableciendo una barrera al proceso de normalización y a la propia capacidad de influencia de Estados Unidos en Cuba, como pretende el presidente.

Aquí salta a la vista un problema que debe tenerse muy en cuenta a la hora de analizar la política de Estados Unidos hacia Cuba. Esta política se debate en el contexto de las propias contradicciones internas que vive ese país, ello determina sus vulnerabilidades e inconsistencias, pero también las oportunidades que se derivan de su comprensión y aprovechamiento, en función de satisfacer los «intereses cubanos», que es la parte que nos interesa defender en esta compleja ecuación.

Obama, el voto de Estados Unidos en la ONU y el bloqueo a Cuba²⁸

Asumiendo una posición inusitada en la diplomacia internacional, el presidente Barack Obama se distanció de las leyes de su país que regulan el bloqueo económico contra Cuba y orientó a su delegación abstenerse en la votación de la Asamblea General de la ONU, que durante 24 años ha condenado esta política.

Es cierto que públicamente el presidente norteamericano se ha expresado de esta manera, pero hacerlo de manera oficial en el órgano multilateral más importante del mundo, no solo es una muestra de coherencia con sus ideas, sino un reto a la autoridad del Congreso, con repercusiones hacia lo interno de la sociedad estadounidense.

En buena medida esta decisión refleja la polarización política existente en Estados Unidos y el descrédito de sus instituciones, tal y como señalan las encuestas. Por demás, haber actuado de esta manera cuando están a punto de decidirse las elecciones en ese país, es un indicador de que tanto el presidente como la candidata de su partido, consideran que constituye una política tan impopular que, más que afectarles, esta actitud los beneficiará en la contienda.

En la directiva presidencial emitida el pasado 14 de octubre, Obama expresó su visión estratégica respecto a este asunto: «Los cambios endógenos en curso en Cuba ofrecen

²⁸ Publicado en *Progreso Semanal* el 28 de octubre de 2016.

oportunidades para hacer avanzar los intereses de Estados Unidos y distanciarse del embargo, que es una carga obsoleta para el pueblo cubano y ha sido un impedimento a los intereses de Estados Unidos. Mi administración ha apelado repetidamente al Congreso para que levante el embargo», dijo el presidente en este documento.

Esto se traduce en que hay que erradicar el bloqueo porque, desde su punto de vista, conviene a la política norteamericana. Tanto para promover los cambios que aspira ocurran en Cuba, como para eliminar un factor de tensión con sus aliados y el aislamiento internacional que sufre Estados Unidos en este asunto.

Hasta tanto esto no ocurra, la política ha tenido que ejercerse a partir de las prerrogativas presidenciales dentro del marco que le permite la ley. Existe un amplio debate, incluso entre especialistas legales, respecto al alcance de estas prerrogativas, que va desde los que opinan que el presidente puede eliminar el bloqueo de un plumazo, hasta los que piensan que se han agotado sus posibilidades al respecto. El consenso mayoritario no se inclina por una cosa ni la otra, sino que reconoce que el presidente ha hecho bastante, pero ello es insuficiente y puede hacer más.

Obama ha tenido que debatirse en esta incertidumbre. En sus decisiones ha influido el criterio de no dar excusas para que una decisión legal, emitida por cualquier juez norteamericano, pueda detener el desarrollo de su política.

Otro argumento es que el ritmo gradual de los avances constituye un mecanismo de presión sobre Cuba y permite a Estados Unidos conservar la capacidad de orientar los cambios en función de sus intereses, al privilegiar aquellos sectores que considera «agentes de cambio» dentro de la sociedad cubana. Nadie

puede asegurar que estas ideas no estén presentes en algunos funcionarios estadounidenses, incluso que puedan ganar fuerza cualquiera sea el próximo presidente de Estados Unidos, pero creo que este no es el caso de Obama.

Su política responde a una visión a largo plazo, que parte del supuesto que la influencia política e ideológica que aspira incrementar en Cuba requiere de una base económica que la sustente y ello solo es posible facilitando la penetración en gran escala de los capitales norteamericanos, lo que resulta imposible mientras exista el bloqueo económico.

El problema es que el bloqueo se expresa en tal madeja de leyes y disposiciones, las cuales también tienen peso legal debido a la ley Helms-Burton, que resulta imposible desmantelarlo «pedacito a pedacito» hasta dejarlo en el cascarón, como piensan algunos. Mientras exista una sola de estas condicionantes no puede hablarse de una relación normal y los propios empresarios norteamericanos se sentirán atemorizados de involucrarse en el mercado cubano por los riesgos legales, los costos económicos y la propia incompreensión que despiertan estas regulaciones.

Se trata, por tanto, de una batalla que se decide en lo interno de la sociedad norteamericana, particularmente en el Congreso. No dejan de tener razón los que han afirmado que «Obama se va pero el bloqueo se queda», pero en mi opinión durante sus dos mandatos no han existido condiciones para eliminarlo, ni siquiera cuando contó con una mayoría demócrata en ese órgano.

A favor de que esto se logre en el futuro existen factores objetivos determinados por la obsolescencia real de esta política, su falta de popularidad dentro del propio Estados Unidos y la presión de sectores empresariales interesados en el mercado

cubano, lo que explica el raro nivel de apoyo bipartidista que ha encontrado la nueva política hacia Cuba y la incapacidad de sus contrarios para impedir que avance de la manera en que lo ha hecho hasta ahora.

Como él mismo ha dicho, Obama ha actuado en función de los intereses norteamericanos, pero su visión de estos intereses se expresan, al menos en el caso de Cuba, dentro de un marco de convivencia que en nada se parece a lo que existía en el pasado. Hace apenas 15 años, lo que se discutía era la posibilidad de una invasión militar norteamericana y «Cuba después de Iraq» era la consigna que esgrimían los halcones neoconservadores.

Negar el avance que se ha logrado en las relaciones bilaterales y las ventajas que ello ofrece al pueblo cubano carece de sentido, aunque ello no implique desconocer la persistencia de los objetivos hegemónicos norteamericanos y desarrollar la capacidad para enfrentar sus consecuencias más nocivas.

Estamos en un momento inédito de las relaciones entre los dos países, donde se impone apreciar el triunfo de una «cultura de la resistencia», que ahora tiene que encontrar otras formas de manifestarse y actuar en correspondencia con la nueva realidad.

Evidentemente la embajadora Samantha Power rebosaba de alegría cuando anunció en la ONU la decisión de su gobierno. Cualquiera que haya vivido la experiencia de la diplomacia sabe lo que se sufre cuando resulta necesario defender posiciones que personalmente no se comparten; sin duda la embajadora sintió que se quitaba un peso de la conciencia y salieron a flote sus emociones. Aunque tampoco podemos olvidar que el mundo la aplaudió por no apoyar la continuidad de una política de agresiones y mostrar una sinceridad poco usual en la política exterior de Estados Unidos, no por otra cosa.

Efectivamente Obama se va y el bloqueo se queda, pero ha sentado precedentes para su eliminación que difícilmente podrán ser ignorados por los políticos de ese país; y eso conviene a Cuba.

La despedida de Obama de Cuba²⁹

Apenas una semana antes de que culmine su mandato, tal parece que el presidente Obama acaba de concluir su política de reformas en las relaciones con Cuba, con la aceptación de un nuevo acuerdo migratorio, el cual elimina la política de pie seco/pie mojado, el Programa de Parole para los médicos cubanos que colaboran en terceros países, así como establece nuevas normativas encaminadas a normalizar los procedimientos migratorios entre las dos naciones.

Dentro de la agenda negociadora, puesta en marcha a partir del 17 de diciembre de 2014, tales problemas migratorios estaban incluidos en la lista de asuntos donde «no existía consenso entre las partes» y resultaban «esenciales» para Cuba, por lo que su consecución constituye un triunfo relevante de la diplomacia cubana, al margen de que resultaba evidente su escasa funcionalidad para los propios Estados Unidos.

Se trata, por tanto, de un paso importante en el proceso de normalización de relaciones y resuelve en lo fundamental el problema del tratamiento excepcional de la política norteamericana hacia la emigración ilegal cubana, causa de constantes tensiones por más de medio siglo.

Aunque la parte cubana ha reiterado que la eliminación de la Ley de Ajuste Cubano, por parte del Congreso de Estados Unidos, constituye otro ingrediente indispensable en una plena

²⁹ Publicado en *Progreso Semanal* el 14 de enero de 2017.

normalización de los vínculos migratorios, en la práctica, despojada de las normativas que la vinculaban con la emigración ilegal, esta ley ha perdido la esencia de su impacto negativo, para convertirse en un problema básicamente interno de Estados Unidos.

Con estas decisiones se han eliminado buena parte de los privilegios resultantes de la supuesta «excepcionalidad» de los migrantes cubanos, entre ellos la posibilidad de que sean deportados a Cuba, para lo cual se establecieron diversos instrumentos y categorías.

Lo más importante en este sentido es que plantea un clima político distinto, toda vez que estos privilegios estaban asociados a las políticas desestabilizadoras del gobierno norteamericano contra Cuba. Es también el resultado objetivo de las transformaciones que han tenido lugar en la comunidad cubanoamericana, hasta hacer inefectivo para Estados Unidos el uso de la emigración con estos fines.

No obstante, con cierta lógica, algunos analistas consideran que este nuevo escenario no estará exento de problemas para ambos países.

En el caso cubano, queda eliminada una alternativa para aquellos que desean emigrar y no son aceptados legalmente por Estados Unidos, lo que puede originar tensiones hacia lo interno de la sociedad cubana, pues tal alternativa estaba asentada en la cultura popular como una vía para la solución de problemas económicos o la búsqueda de otras opciones existenciales.

Por su parte, en lo que respecta a Estados Unidos, tendrá que enfrentar la reacción en sus fronteras de personas hasta ahora admitidos indiscriminadamente, así como lidiar con la existencia de inmigrantes ilegales cubanos en su territorio, a los cuales

tendrá que perseguir y deportar como hace con el resto de los inmigrantes irregulares, no sin provocar actitudes adversas por parte de la comunidad cubanoamericana y otros sectores de la sociedad norteamericana.

Por lo pronto, existen cientos de emigrantes cubanos camino hacia Estados Unidos. La nueva política norteamericana con seguridad se limitará a rechazarlos, trasladando el problema a los países de tránsito y a Cuba, que tendrá que negociar con dichos países una solución humanitaria para estos casos. El tratamiento brindado por Cuba a este tipo de migrantes en el pasado reciente, indica el compromiso de la política cubana al respecto, pero aun así, es predecible la existencia de complicaciones que no tendrán fácil solución.

No obstante, cualesquiera sean sus efectos indeseados, lo más importante es que se logra la estabilidad de un proceso tendiente a lograr un flujo migratorio regular, ordenado y seguro entre los dos países, un resultado beneficioso para ambas sociedades, potenciales víctimas colaterales de los peligros que puede entrañar el caos en este sentido, así como para los propios migrantes, lo cual es una responsabilidad ineludible de ambos estados.

Los dos países se comprometieron a revisar sus políticas migratorias para ajustarse a los acuerdos.

En lo que respecta a Estados Unidos, lo más interesante será ver el tratamiento que se otorgará a los cubanos que ingresan legalmente de manera temporal y deciden intentar permanecer en el país. Hasta ahora pueden hacerlo de manera automática y disfrutar de una serie de beneficios, antes de solicitar acogerse a la Ley de Ajuste, después de un año de estancia en el mismo. A partir de este momento es de suponer que medie una decisión

judicial, aunque el rigor de su implementación dependerá de la influencia del precedente anterior en el fallo de los jueces.

En lo que se refiere a Cuba la decisión es más trascendente. Una de maneras de aplacar las reacciones adversas a estos acuerdos y atenuar sus efectos negativos internos es precisamente actualizar la política migratoria, en función de facilitar los contactos de los emigrados con la sociedad cubana y promover sus vínculos existenciales con el país. El gobierno cubano se ha comprometido a hacerlo de manera gradual, aunque quizás vale la pena acelerar la adopción de medidas que llevan años esperando por su implementación y responden a realidades que saltan a la vista.

Por último, la eliminación del Programa de Parole para médicos cubanos que trabajan en terceros países facilita la colaboración de Cuba y Estados Unidos en proyectos humanitarios a escala internacional y constituye una medida cuyo alcance político fundamental consiste en contradecir una lógica de la confrontación que, en ocasiones, ha alcanzado niveles de irracionalidad imposibles de justificar en el plano ético, cualquiera sea la diferencia política existente.

Es de suponer que Donald Trump esté conforme con estos acuerdos, en definitiva hereda un problema resuelto y se avienen a su discurso respecto a limitar la inmigración ilegal en Estados Unidos. No obstante, como cualquier otro elemento de las relaciones entre los dos países, se requiere de buena voluntad para aplicarlos. Veremos entonces cuál será su conducta al respecto.

En cualquier caso, Estados Unidos y Cuba han establecido el precedente de que es posible negociar y encontrar puntos de concertación, incluso en problemas acumulados por años, donde el consenso parecía imposible.



ocean sur

una editorial latinoamericana
www.oceansur.com • info@oceansur.com

Ocean Sur es una casa editorial latinoamericana que ofrece a sus lectores las voces del pensamiento revolucionario de América Latina de todos los tiempos. Inspirada en la diversidad étnica, cultural y de género, las luchas por la soberanía nacional y el espíritu antiimperialista, desarrolla múltiples líneas editoriales que divulgan las reivindicaciones y los proyectos de transformación social de Nuestra América.

Nuestro catálogo de publicaciones abarca textos sobre la teoría política y filosófica de la izquierda, la historia de nuestros pueblos, la trayectoria de los movimientos sociales y la coyuntura política internacional.

El público lector puede acceder a un amplio repertorio de libros y folletos que forman parte de colecciones como Che Guevara, Fidel Castro, Revolución Cubana, Nuestra América, Cultura y Revolución, Roque Dalton, Vidas Rebeldes, Historias desde abajo, Pensamiento Socialista, Biblioteca Marxista y El Octubre Rojo, que promueven el debate de ideas como paradigma emancipador de la humanidad.

Ocean Sur es un lugar de encuentros.

LOS MISTERIOS
DE LA POLÍTICA DE ESTADOS
UNIDOS HACIA CUBA

BARACK OBAMA

Y EL RESTABLECIMIENTO DE RELACIONES DIPLOMÁTICAS

Barack Obama aseguró su lugar en la historia mundial al convertirse en el primer presidente negro de Estados Unidos. Con independencia de su legado en materia de asuntos domésticos, su mandato se recordará en gran medida por el rol que desempeñó en el camino de lo que en su momento se denominó «normalización» de las relaciones entre su país y el archipiélago cubano.

¿Por qué leer un libro sobre la administración Obama y el restablecimiento de relaciones diplomáticas con Cuba cuando las políticas «trumpistas» se han alejado sustantivamente de sus antecesoras? Gracias al análisis que al calor de los hechos hizo, de forma sistemática, Jesús Arboleya Cervera, los lectores podrán revivir sucesos que marcaron un antes y un después en la historia de ambas naciones. Sin aventurarse a falsos pronósticos, los comentarios del autor son críticos, profundos, objetivos y valientes. El libro no se limita a contar lo sucedido; sino que devela importantes significados.



www.oceansur.com
www.oceanbooks.com.au

ISBN 978-1-925756-62-3